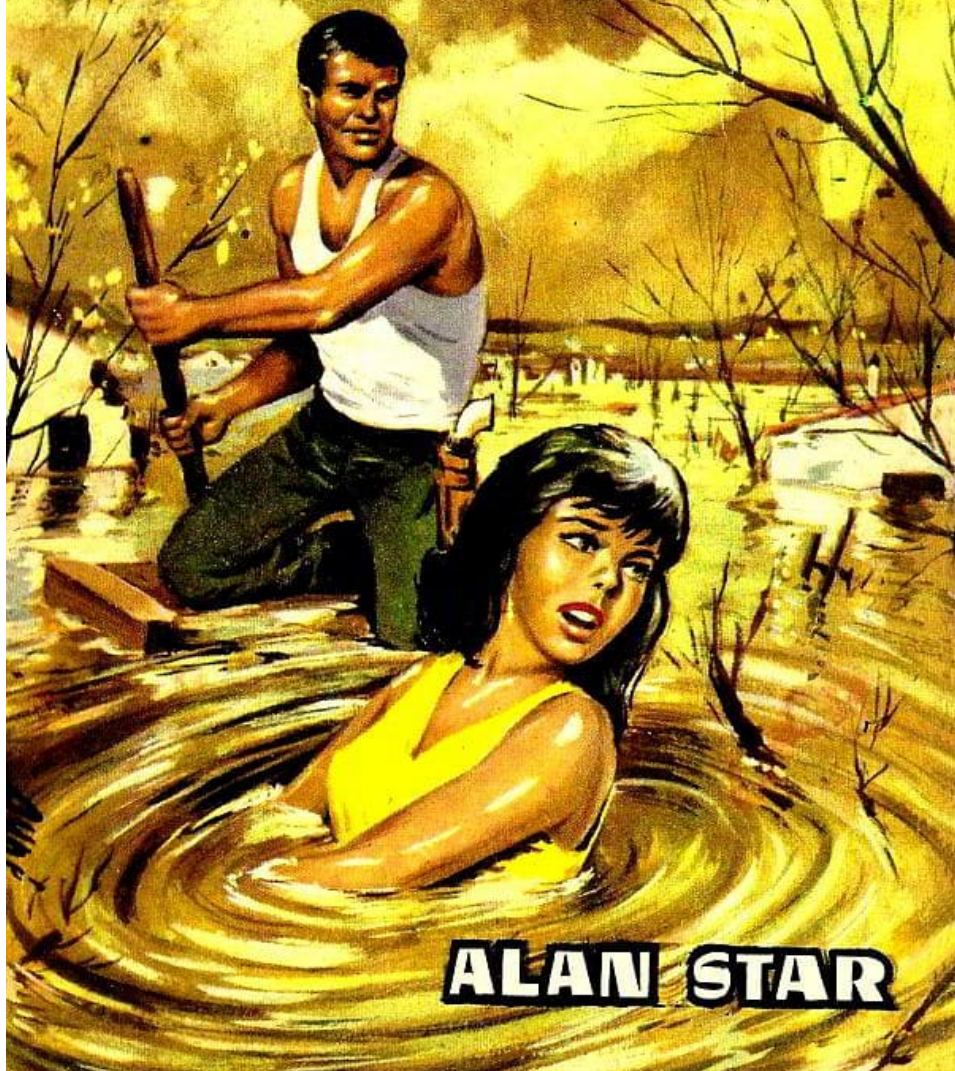


**S.I.P.**

**SPACIAL  
INTERNATIONAL  
POLICE**

# CON EL AGUA AL CUELLO



**ALAN STAR**

Por encima del ruido del tractor, Tom podía adivinar, más que oír el del motor del helicóptero que sobrevolaba

«Prince's

Valley», No era una novedad la presencia de aquel aparato que, desde hacía una semana, poco más o menos, había aparecido, como un moscardón curioso, recorriendo el Valle de un lado para otro, volando a poca altura y dejando ver los rostros de sus ocupantes, con sus cámaras cinematográficas y sus otros aparatos que asomaban frecuentemente por las ventanillas.

Tom frunció el ceño.

Había dejado ya de hacerse preguntas respecto a la presencia de aquel aparato, del mismo modo que el resto de los moradores del Valle que, pasada la primera jornada de novedad, hablaban ya muy poco del helicóptero en las reuniones de las noches.

No ocurría igual con Jones.



Alan Star

# Con el agua al cuello

**Bolsilibros: S.I.P. (Spacial International Police) - 35**

**ePub r1.0**

**Lds 21.08.18**

Título original: *Con el agua al cuello*

Alan Star, 1960

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



# **Con el AGUA AL CUELLO**



## CAPÍTULO PRIMERO



trator, Tom podía adivinar, más or encima del ruido del  
que oír el del motor del  
helicóptero que sobrevolaba

«Prince's

Valley», No era una novedad la presencia de aquel aparato que, desde hacía una semana, poco más o menos, había aparecido, como un moscardón curioso, recorriendo el Valle de un lado para otro, volando a poca altura y dejando ver los rostros de sus ocupantes, con sus cámaras cinematográficas y sus otros aparatos que asomaban frecuentemente por las ventanillas.

Tom frunció el ceño.

Había dejado ya de hacerse preguntas respecto a la presencia de aquel aparato, del mismo modo que el resto de los moradores del Valle que, pasada la primera jornada de novedad, hablaban ya muy poco del helicóptero en las reuniones de las noches.

No ocurría igual con Jones.

Éste seguía insistiendo, valiéndose de la fuerza que tenían sus palabras, sobre la maldición que iba a caer sobre ellos y que el helicóptero significaba, en un principio. Cuando se reunían en la casa de Jones Napoleón a cantar himnos religiosos, los domingos por la mañana, Jones aprovechaba el intervalo que se hacía a las once para ocuparse ahora del aparato y de las intenciones, nada buenas, que podían tener sus misteriosos ocupantes.

Pero Tom no podía creerlo.

Estaba casi completamente seguro de que se trataba de mediciones que algunos ingenieros hacían por cuenta del Consejo Mundial, puesto que era normal que las autoridades de la Tierra se ocupasen de aquellos terrenos que los pioneros negros habían descubierto y ocupado en el recientemente colonizado Venus.

Había sido una verdadera bendición del cielo el hallar un lugar como el Valle, rodeado de tierras áridas y secas que, sin ser desérticas, lo parecían mucho. El Valle, por el contrario, era un emporio de verdura y de agua que manaba junto a las colinas del norte era como la sangre viril que fecundase el suelo.

Seis años hacía, que se habían establecido allí y las cosechas se sucedieron a un ritmo frenético, mientras los tractores y recolectores se movían pesadamente por las parcelas, animados por el canto de sus conductores, que bendecían al Señor de haberles prodigado aquel maná maravilloso.

¿Qué podían temer los habitantes del Valle?

Llevaban una vida sana, repleta de esa sencilla, elemental y fresca moralidad de la raza negra. Trabajaban durante todo el día y al llegar la noche se reunían en sus lares para, alrededor del fuego, charlar de las viejas tierras de la Virginia original donde todos ellos, excepto los pequeños, habían nacido y vivido, antes de llegar allí.

Luego, los domingos, vestían sus trajes más flamantes e iban, por grupos o familias, a la casa de Jones Napoleón, su director espiritual, el «Visionario», como le llamaban, a entonar cánticos religiosos, impregnados de ese profundo sentido de los «espirituales negros».

No, nada podía alterar la paz que reinaba en el Valle. Porque comportándose bien, como lo hacían todos, la vida debía transcurrir por sus cauces normales. La prueba de ello era que jamás, desde la fundación de la colonia, hubieron de intervenir los policías blancos

de la lejana ciudad, Venusville, adonde iban los camiones con las flamantes cosechas, cada temporada, volviendo cargados de toda lo que las familias necesitaban para seguir trabajando y llenar las limpias casas de motivos y ornamentos, atención primaria de la raza negra.

Sin hacer más caso al moscón del helicóptero, Tom prosiguió su trabajo, mirando amorosamente a la tierra que las cuchillas de acero del arado iba abriendo, mostrando su entraña morena, llena de posibilidades como el vientre de una hembra fecunda.

Bastaba mirar a lo lejos para ver los otros tractores moviéndose pesadamente. Y sobre ellos, otros hombres, sonrientes, con el cigarrillo en los labios o una brizna de olorosa hierba, ornada, a veces, de una minúscula flor.

Un poco más allá, en los finales del valle, sobre los pastos verdes, el ganado se movía lentamente, mugiendo su alegría de vez en cuando, como si también quisieran ellos manifestar su gozo por habitar aquella verdadera tierra de promisión.

Tom sonrió, feliz. ¿Qué más podía esperarse?

Aquella tarde, cuando acabase el trabajo y el sol empezara a ocultarse en el horizonte, regresaría a su casa, encerrando el tractor para ir después a lavarse y vestirse de limpio, perfumándose un poco, sólo lo suficiente, dispuesto a presentarse en casa de los Burke, en compañía de su padre, que le había prometido ir a pedir la mano de Perla.

Se le llenó el pecho de calor radiante.

«Dentro de un año —pensaba— habría terminado de construir su casa, en la parte oriental del Valle. Y cuando todo hubiera concluido, se casaría, llevando a Perla a su nuevo hogar y empezando allí una nueva fase de la vida, trayendo al mundo nuevos moradores que seguirían, sobre tractores y aparatos, la labor que él había iniciado junto a los suyos».

«La vida es eso —se elijo—: una cadena en la que los eslabones deben estar soldados en la paz del amor...».

No era frase suya y lo reconoció: se trataba de uno de los cánticos que Jones el «Visionario» entonaba los domingos, antes de hablar a los colonos de la necesidad imperiosa de tener la conciencia limpia, de llenar de paz el corazón.

Levantó la mirada hacia el cielo, percatándose de que el

helicóptero había desaparecido.

La extensa parcela que poseían los Wilson —la familia de Tom— se extendía al oeste del Valle, terminando justamente donde empezaba la carretera que, después de atravesar un estrecho desfiladero, se dirigía, serpenteante, a través de las tierras áridas, hacia Venusville.

Tom pasó y repasó, en todo lo largo, la amplia franja de tierra, volviendo la costra morena hacia el sol, dejando una constelación de terrones detrás del tractor. Y cuando acababa una de las vueltas, ya junto al nacimiento de la carretera, fue cuando vio el coche que se detuvo junto a la parcela.

Era un vehículo oruga, de los empleados comúnmente por los que viajaban por las tierras áridas. También los camiones de los habitantes del Valle estaban dotados de «orugas», ya que la carretera no tenía de ello más que el nombre, siendo, en realidad, el trazado sencillo que los vehículos habían ido haciendo en su incesante ir y venir.

El vehículo iba tripulado por tres hombres, dos de ellos en la parte delantera y otro en la trasera, con su sombrero colonial que le cubría parcialmente el rostro.

Todos ellos eran de raza blanca.

No venían muchas visitas de blancos al Valle, a no ser, a veces, que algunos mayoristas de la ciudad llegasen precipitadamente, para comprar las cosechas sobre el terreno, cosa que en muy pocas ocasiones aceptaban los colonos.

Pero Tom conocía a todos los compradores eventuales de cosechas, y ninguno de ellos podían ser los que acababan de detener el vehículo a una veintena de metros de su tractor.

Dos de ellos, el que iba al lado del chófer y el del casco colonial, descendieron, caminando hacia el negro.

Éste no se movió del asiento metálico del tractor.

Mientras avanzaban hacia él, notó que el que llevaba la cabeza descubierta era un hombre alto, fuerte, de anchas espaldas, con una mandíbula fuerte y un rostro de boxeador. El otro, el del «salakof», era más bajo, algo regordete, con manos cuidadas y rostro casi enteramente de mejillas rosadas y labios un tanto gruesos. Tenía los ojos azules y parecía, en cierto modo, un niño. No obstante, cuando poco antes de llegar junto al tractor, se quitó el casco, limpiándose

el sudor de la frente con el dorso de la mano izquierda, Tom pudo ver que tenía la cabeza casi completamente cubierta de cabellos blancos.

Estaban ya junto a él.

El hombre del «salakof», que se lo había puesto de nuevo, levantó la cabeza, llevándose, al mismo tiempo la mano al borde, en un esbozo de saludo.

—¡Hola! —dijo, después.

—Buenos días —repuso Tom, quitándose el amplio sombrero de paja que llevaba para trabajar.

—¿Quién es el alcalde del Valle? —inquirió el desconocido.

—¿Alcalde? No tenemos, señor.

—Entonces, ¿quién manda aquí?

—Hay un consejo de familias del que mi padre es presidente.

—Bueno. Es igual. ¿Podrías llevarnos hasta él?

Tom no dijo nada; luego, como si hubiera hallado la respuesta a la pregunta que se había formulado él solo, dijo:

—¿Quieren ver a mi padre?

—Sí. ¿No has dicho que era el presidente de ese consejo?

—En efecto, lo es.

—Queremos hablar con él.

—¿No podrían volver el domingo?

El hombre que acompañaba al del «salakof» lanzó una carcajada.

—Pero ¿qué te has creído? —inquirió, clavando sus ojillos en los de Tom—. Hemos hecho cien millas por un terreno desastroso y quieres que nos volvamos ahora para regresar el domingo...

—Es que el domingo es el día que se reúnen los del consejo.

—Pues, lamentándolo mucho, habrán de reunirse hoy mismo —intervino el del casco—. Traigo una orden del Consejo Mundial y he de terminar este asunto con toda rapidez.

Tom se rindió a la evidencia.

—Bien. Les llevaré. No tienen más que seguirme..., yo iré en el tractor.

—¿Está lejos?

Tom contestó:

—Unas diez millas.

—Bueno.

Regresaron los otros al vehículo y Tom, maniobrando, después

de poner el suyo en marcha, lo sacó al camino, empezando a marchar por él, a velocidad moderada, sin dejarse de hacer mil distintas preguntas.

Al pasar ante las parcelas de las otras familias, hizo sonar el claxon con fuerza, de modo a que todos supiesen que algo extraordinario estaba ocurriendo. De aquella manera, estaba seguro de que al llegar a la casa de su padre, todos los que formaban el consejo, e incluso el «Visionario», estarían allí, reunidos, esperando la visita de los blancos del coche oruga.

No le gustaba el aspecto de aquellos hombres.

El del «salakof», se había dado perfectamente cuenta de ello, parecía ser el más educado, aunque sus ojos azules estaban cargados de malicia; en cuanto al otro, al de tipo de boxeador, era un perfecto bruto, vulgar, ineducado, grosero hasta en la risa.

Media hora más tarde, los dos vehículos desembocaban en una amplia plazoleta, bordeada por un artístico jardín, primorosamente cuidado. Frente a ellos, apareció entonces una construcción de dos plantas, completamente blanca y que recordaba las casas coloniales de Virginia, con enormes sauces a ambos lados, cuyas hojas caían hasta el suelo.

Una exquisita limpieza reinaba por doquier y el silencio estaba recortado solo por los cantos de los pájaros que poblaban los árboles.

Se detuvo el tractor y el coche-oruga lo imitó, junto al portalón de la entrada.

Tom se dejó caer desde el alto sillín, penetrando en la casa. No hizo más que pasar el pórtico para ver que el patio, bajo la sombra que la fronda le procuraba, estaba ocupado por todos los miembros del Consejo de Familias.

El «Visionario» no estaba aún entre los presentes.

Adelantándose, Sidney Wilson, el padre del muchacho, inquirió:

—¿Quiénes son?

—No lo sé, padre.

—Hazlos pasar.

—Bien.

Volvió a salir el joven, encontrándose con los tres desconocidos que ya estaban bajo la sombra del porche.

—Pasen, por favor.

Les precedió y ellos penetraron en el patio, encontrándose ante el grupo de negros, casi todos ellos con los cabellos de nieve.

Sidney estaba ante todos ellos.

El hombre del casco se acercó al negro y con voz firme, inquirió:

—¿Es usted el Presidente del Consejo de Familias?

—Sí. Me llamo Sidney Wilson. ¿Y usted?

—Yo soy George Anderson, presidente de la Compañía de Saltos y Centrales de Venus.

—Encantado.

—Igual digo.

Se habían estrechado la mano y Sidney les invitó a sentarse, haciéndolo todos alrededor de una mesa en la que, momentos más tarde, las mujeres de la casa servían los refrescos.

Tom era el único que permanecía de pie. Y su padre, al verlo, le hizo un gesto para que permaneciese a su lado.

—Usted dirá lo que desea, señor Anderson —dijo Sidney, rompiendo el silencio que se había hecho.

George guardó silencio unos instantes, como si se reconcentrase; luego, decidiéndose, miró fijamente al negro.

—Soy portador —dijo con voz clara— de una orden del Consejo Mundial en la que se autoriza a mi compañía a construir una presa en esta región. Ya comprenderán ustedes que toda esta zona de tierra inculta debe ser aprovechada...

Los colonos guardaban silencio.

Quizás sus pupilas lucían con una mayor intensidad que antes; puede ser que sus respiraciones se hicieran más profundas, pero ninguno de ellos abrió los labios.

Anderson hizo una pausa; luego, continuó:

—La ley prevé una indemnización especial para los colonos del Valle... ya que éste deberá quedar, forzosamente, bajo las aguas del pantano que construiremos.

Tom no pudo resistir más.

—¿El Valle hundido bajos las aguas? ¿Oyes eso, padre?

Pero Sidney, de un gesto seco, dijo:

—¡Calla!

Fue una orden tajante, en voz seca.

Y Tom, mordiéndose los labios, miró a su padre, sin comprender. Luego miró a los otros, cuya expresión era tan cerrada,

idéntica.

El silencio que siguió a la imprecación de Sidney fue roto por Anderson que dijo envalentonado:

—Ya comprenderán ustedes que sentimos, hondamente, tener que formular esta demanda extraordinaria. En realidad, nos agradaría poder evitar el tener que inundar el Valle; pero la ley lógica de la mayor productividad se impone a nosotros con una fuerza que no podemos olvidar. Sé que el Valle significa, como terreno cultivable, unas cien millas cuadradas, mientras que el regadío que obtendremos, después de hacer la presa que el Consejo Mundial nos ha autorizado a realizar, se extenderá mil veces más; es decir, a cien mil millas cuadradas.

Sonrió, satisfecho de las cifras que acababa de dar.

—La diferencia, como ven, es notable. Y ustedes, naturalmente, como colonos actuales del Valle, estarán autorizados a escoger, de las nuevas tierras, las que deseen... con preferencia absoluta. No hay que decirlo.

Y como ninguno de los presentes hubiera despegado los labios, agregó, con una sonrisa:

—Tienen una semana para tomar las medidas necesarias para la evacuación y quince días para realizarla. Si les, faltan vehículos, estamos dispuestos a ayudarles con los nuestros. Aunque, naturalmente, lo más importante es firmar los documentos de cesión...

—¿Cuándo podremos firmar esos documentos, amigo mío? —preguntó mirando a Sidney Wilson.

La respuesta sonó como un trallazo:

—¡¡Nunca!!

No había habido discusión previa entre los colonos, pero Sidney sabía que sus palabras expresaban el sentir más íntimo de los otros.

—¡Nunca! —repitió, sin dar tiempo a Anderson para que dijese algo—. ¿Qué se han creído ustedes?

—¡Inundar el Valle! Destrozar esta tierra maravillosa que ha sido regada con nuestro sudor y con nuestro esfuerzo. ¿Green acaso que las tierras que nos rodean serán como éstas, aunque les sobre el agua?

George Anderson frunció el entrecejo.

—Yo no puedo discutir sus puntos de vista, señor... No hago

más que obedecer órdenes. El Consejo Mundial desea que toda esta zona árida se convierta, gracias al agua que ahora acapara el Valle, en un extenso regadío que permitiría que otros muchos colonos se beneficiasen de lo que en estos momentos sólo sirve a ustedes.

Fue en aquel momento cuando la alta silueta de Jones Napoleón, el «Visionario», apareció en la puerta del patio. Debía haber oído todo, porque la expresión de su rostro demostraba una cólera irresistible.

Al verle aparecer, Tom intentó hacer una seña a su padre; pero éste estaba escuchando a Anderson y preparando la respuesta cuando Jones se abrió paso, colocándose ante el visitante.

—¡Fuera de aquí, malditos! ¡Sólo el Demonio ha podido inspiraros esas ideas de destrucción! ¿Es que no os dais cuenta, insensatos, de que el Valle es un regalo del cielo? Y si el Señor ha dispuesto para sus hijos un tal Edén, ¿queréis vosotros ser más que Él?

—¡Fuera de aquí! Fuera u os daré de palos como a miserables que sois...

Anderson miró a sus dos acompañantes con una expresión de incredulidad. Por un momento, Tom temió la lucha y cerró, fuertemente, los puños, dispuesto a defender a los suyos.

Pero la expresión sombría del rostro de Anderson se vio cortada por un esbozo de sonrisa.

—Vamos —ordenó volviéndose a los suyos.

Se alejaron y poco después se oía el motor del oruga que se alejaba rápidamente de allí. Un denso silencio se hizo en el patio. Los ojos brillaban, sobre todo los de «Visionario», que seguía en pie, erguido, con los puños cerrados, en una de las posturas que gustaba tanto adoptar.

## CAPÍTULO II



Mientras el Consejo de Familia se reunía, Tom, con otros jóvenes, se paseaba por los caminos bordeados de flores. Habían oído un poco de lo que los mayores dijeron al empezar la reunión. Y sabían que los colonos no estaban dispuestos a dejar que el agua cubriese el Valle.

Charles, uno de los jóvenes, fue quien rompió el silencio.

—¡Canallas! ¡Bandidos! —exclamó, rabioso—. ¿Cómo puede habérseles ocurrido tal barbaridad?

—¡Cualquiera, lo sabe! —replicó Frederic Sanderson, uno bajito y de anchísimas espaldas—. Seguro que uno de esos tipos, en la Tierra, sentado cómodamente en su despacho y no teniendo nada para justificar su sueldo, se le ocurrió lo del Valle. Ya sabéis lo que suele decir Jones: «Cuando el demonio no tiene nada que hacer, mata moscas con el rabo...».

—¡Cómo estaba Jones! —dijo Tom—. ¿Os fijasteis en su cara? Parecía que iba a destrozarlos con los ojos...

Hubo un nuevo silencio.

—De todos modos, tenemos que tener cuidado —dijo después Charles—. Esa gente no se quedará con los brazos cruzados.

—¿Qué quieres decir?

—Que estoy seguro que están preparando algo. No olvidéis que el agua que llega al Valle viene desde la colina. Todos nosotros hemos visitado el manantial y puesto que todos lo hemos visto, recordad lo fácil que sería, desviar sus aguas.

—¿Crees que lo harán?

—Desde luego.

—Pero ¿de dónde van a sacar el agua para inundar el Valle?

—No lo sé. El manantial es muy grande y si retuviesen sus aguas sólo unas semanas, soltándolas después de golpe, podrían inundar estas tierras que son más altas que el resto de la zona árida que nos rodea.

—¡Pero si esas tierras áridas no darán nunca nada! —exclamó Frederic—. ¿Habéis olvidado los ensayos que hizo el viejo Harold? Intentó regarlas, plantando maíz..., ¿y qué consiguió? ¡Nada!

—Quizá si el agua saliese del Valle inundado, llevándose también el humus de esta tierra, pudiera abonar las otras.

—Sí; pero cuando el humus acabase, todo sería tan pobre como antes. No, Tom, aquí no hay nada que hacer. El Valle, como dijo Jones, es un milagro, una especie de maravilloso oasis en esta zona desértica de Venus.

—Entonces, ¿cómo ha podido el Consejo Mundial autorizar una crueldad como ésta?

—¡Y yo qué sé!

Seguían paseando.

La noche se había echado encima y todos ellos habían olvidado sus citas amorosas, sobre todo Tom, que debía haber ido con su padre a pedir la mano de Perla. Tampoco se habían cambiado y llevaban todavía los sucios trajes de faena.

—¿Qué crees que decidirán? —inquirió Charles, mirando a Tom.

—No lo sé. Aunque tomarán medidas para impedir que inunden el Valle.

—¿Qué clase de medidas?

—Lo ignoro.

Frederic sonrió, intencionadamente.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo —dijo.

Le miraron.

—¿Qué insinúas, amigo? —inquirió Charles.

—Que los «viejos» no conseguirán nada.

—¿Por qué?

—Ya sabes cómo son... Empezarán escribiendo cartas a la Tierra, haciendo súplicas, enviando mensajes a todas las autoridades del mundo, explicando, llenando páginas y páginas para convencerles de que no deben hacer lo que se proponen. Mientras, los tipos que han venido a vernos, harán trabajar sus máquinas y prepararán todo, porque no son, como nuestros mayores, gente acostumbrada a perder el tiempo, confiantes en una justicia que, la mayor de las veces, está en manos de intereses...

—Creo que exageras...

—¡No! Yo os apuesto cualquier cosa a que si Consejo está deliberando en la forma que os he dicho. ¡Lo que queráis apuesto! Y con la seguridad de no perder...

Tom sintió como un aldabonazo en el pecho.

—Eso es muy fácil de comprobar —dijo luego.

—¿Cómo? —inquirió Charles.

—Venid conmigo. Están reunidos en mi casa y conozco un sitio desde donde podemos oírles sin que sospechen nuestra presencia.

Charles se alarmó.

—No debemos hacerlo, muchachos... —dijo—. Si se enteran, se enfadarán mucho.

—No se enterarán —replicó rápidamente, Tom—. Además, deseo saber si Frederic tiene razón. En estos momentos, lo más importante es el Valle y todos, no sólo los mayores, debemos interesarnos por nuestro común porvenir.

Las palabras vehementes de Tom lograron convencer al tímido Charles que, silencioso, siguió a sus amigos. Tom iba delante y cuando se acercó a su casa, dio la vuelta, penetrando por una puertecilla de la parte trasera, guiando a sus amigos hacia una especie de pequeño sótano donde había una claraboya que daba directamente a la estancia donde estaba reunido el Consejo de Familias.

Se quedaron allí, en silencio, mientras la voz de Sidney, el padre de Tom, llegaba hasta ellos:

—La votación —decía— demuestra que estamos de acuerdo por unanimidad. Por lo tanto, vamos a pasar a redactar las protestas que enviaremos mañana mismo, a los organismos de la Tierra que hemos precisado. Estoy seguro que las autoridades reaccionarán ante la enérgica protesta que vamos a formular, ya que la razón está, indiscutiblemente, con nosotros.

Tom dio un golpe en los brazos de sus compañeros, invitándolos a seguirle de nuevo hacia afuera.

Y cuando estuvieron lejos de la casa, Frederic, sonriente, continuó:

—¿No os lo decía?

—¡Tienes razón! —Gruñó Tom—. Así no adelantaremos nada. Nunca creí que el Consejo soñase de esa manera.

—Ya os lo dije. Los «viejos» son tímidos y siguen creyendo en que unos cuantos mensajes, bien escritos, podrán arreglarlo todo.

—¡Ilusos!

La voz había resonado detrás de ellos y los tres jóvenes se estremecieron, volviéndose, al unísono, a tiempo de ver emerger de la floresta que les rodeaba, la alta silueta del «Visionario».

Jones Napoleón se acercó a ellos, imponente, erguido como un palo, con los ojos brillantes como carbúnculos.

—¡Ilusos! —repitió, con un tono de claro desprecio en la voz—. ¡Eso es lo que son! ¡Unos estúpidos ilusos, con la cabeza llena de ideas anticuadas e infantiles!

Los muchachos le escuchaban en silencio, sin comprender aún el sentido de sus palabras.

Y Jones, encendido el ánimo por aquella extraña pasión que le quemaba por dentro, dijo:

—¿Cómo combatió el Señor la postura arguciosa de los Faraones? ¿Acaso se limitó a enviar, por la boca de Moisés, mensajes de paz? ¡¡No!! Vertió las plagas, con una fuerza maravillosa... Porque sabía que los egipcios no podían comprender otro lenguaje que no fuese el de la fuerza, el de la violencia, el del miedo, el del terror...

»Igual ocurre ahora. De nada van a servir los escritos que esos estúpidos están escribiendo en estos momentos. ¡Me han dado asco y les he dejado, sin decirles nada, aunque mis labios ardían de ansia de tratarlos de lo peor! Mansa ha de ser la oveja mientras el Señor

lo desee; pero cuando el cielo se estremece de cólera, cuando gimen los rayos y la tempestad es como la palabra de Dios, el hombre debe erguirse contra el mal, con la misma fuerza que ponen los ángeles con sus flamígeras espadas...

Miró a los jóvenes, que bebían, en silencio, sus palabras.

—¡Y vosotros debéis ser los que demuestren que nuestra mansedumbre tiene un límite! ¡Vosotros, por cuyas venas corre una sangre generosa, dispuesta a verterse para garantizar la vida del Valle, esta maravilla que el Cielo nos ha donado!

»¿Vais a permitir que la ambición de los hombres lo destruya? Sois ya hombres preparados para formar nuevas familias, para dar al mundo nuevos hijos, para poner a los pies del Señor nuevos siervos... Él os ha dado esta tierra y por ella debéis luchar hasta la última gota de sangre...

Hubo después un silencio.

Y Tom, profundamente conmovido, preguntó al fraile:

—¿Qué podemos hacer, Jones...? —inquirió, con voz llena de ansiedad.

—No está la respuesta en mis labios —repuso el «Visionario»—, sino en vuestros corazones.

—¿Cómo?

Y sin hacer caso de la interrupción, el negro continuó:

—El que hayáis venido a escondidas, para comprobar que el Consejo perdía lamentablemente el tiempo, demuestra ya que os habéis dado cuenta de la responsabilidad que ha caído sobre vuestras espaldas. Porque, si los ancianos no saben ya llevar la nave, si sus viejas manos tiemblan a la barra, ¿no es razón de más que seáis vosotros los que llevéis el timón?

Se alejó unos pasos; luego, volviéndose, señaló con el brazo extendido, la negra silueta de las colinas vecinas.

—El mal dijo con voz potente —está allí, labrando nuestra perdición, sordo a nuestros ruegos, indiferentes a nuestro dolor... ¡Que vuestras almas sepan estar a la altura de los acontecimientos! Si no es así, veo ya las aguas subir, hasta cubrir por entero el Valle...

Y empezó a andar rápidamente, perdiéndose entre las sombras de la noche.

Charles suspiró profundamente.

—¿Qué os decía? —inquirió Frederic—. Jones se ha ido de la reunión, porque se ha dado cuenta de que lo que los ancianos hacen no va a servir absolutamente para nada. Mientras esas notas llegan a la Tierra, habrá pasado el tiempo y los tipos de las colinas harán lo que quieran.

—¿Tienes alguna idea? Inquirió Charles.

—¡Claro que la tengo!

—¿Cuál?

—Una muy sencilla: vayamos esta misma noche a las colinas y demostremos a esos granujas que los colonos del Valle no están dispuestos a consentir que detengan el agua para echárnosla luego toda, de golpe, sobre las cabezas.

—¿Y cómo vas a conseguirlo?

—¿No crees que tienen máquinas allí arriba? ¡Seguro que sí!

Tom asintió, con un gesto.

—Sí que deben tenerlas —dijo después.

—¡Pues cojamos unos cuantos cartuchos de dinamita y vayamos a destruirlas!

Charles se puso blanco.

—¿Destruir las máquinas? ¿No crees que es demasiado?

Frederic le miró despectivamente, de arriba a abajo.

Luego, con suma en la voz, prosiguió:

—¿Qué quieres? ¿Que vayamos allá arriba para ponernos de rodillas ante ellos y rogarles, con lágrimas en los ojos, que no hagan nada?

Charles se mordió los labios.

—La idea de Frederic es la buena —dijo Tom, decidido—. ¡Basta de perder el tiempo! Si les demostramos nuestra voluntad a no dejarnos convencer así como así, comprenderán que no va a ser nada fácil echarnos de aquí. ¡Vamos!

Esta vez, Charles no dijo nada, limitándose a seguir a sus compañeros.

No quería decir aquello que estuviese completamente de acuerdo con ellos; pero, de todos modos, comprendía que ninguna otra cosa podía hacerse sin incurrir en el mismo error de apreciación que había en los cándidos mensajes que el consejo de familias iba a enviar a los organismos de la Tierra.

Penetraron en la barraca de los explosivos, cargando con

cartuchos que ya estaban preparados, con un detonador electrónico cada uno.

No poseían más que dinamita, ya que no habían logrado una autorización para explosivo más potente puesto que, en realidad, no lo necesitaban para los trabajos agrícolas. La dinamita había servido para volar algunas formaciones rocosas, que molestaban la labor de los tractores, en el límite norte del Valle.

La que había sobrado estaba allí.

Una vez que se hubo colocado, como sus compañeros, los cartuchos en la cintura, Tom, dijo:

—Creo que podríamos llevar un coche hasta la mitad del camino de la ladera. Tardaremos menos y, a la vuelta, si nos persiguiesen, podríamos utilizarlo. ¿Qué os parece?

—¡Excelente idea! —repuso Frederic—. Mi coche servirá a las mil maravillas.

Pasaron por el garaje de Frederic Sanderson, sacando su viejo pero sólido coche. Momentos después, guiado por su propio dueño, el vehículo tomaba el camino de circunvalación, de modo a no llamar la atención de los colonos.

Durante el viaje, que duró una veintena de minutos, ninguno de los jóvenes despegó los labios, prefiriendo cada uno de ellos, meditar en silencio lo que iban a hacer.

Las ideas de Frederic y Tom eran de la misma clase y no había en ellas más que entusiasmo y deseo de demostrar a los enemigos del Valle una voluntad férrea.

En cuanto a Charles, luchaba desesperadamente por ahuyentar de su mente los temores que lo que iban a hacer provocaban, así como las consecuencias que resultarían del uso de la violencia.

Sanderson detuvo el coche y, una vez aparcado en un sitio seguro, se dirigió hacia sus compañeros que le esperaban al borde del camino.

—¿Por dónde vamos? —inquirió, dirigiéndose a Tom.

—Vamos a cortar recto, hacia la cima. Conozco el camino y no es demasiado malo.

—¿Nos conducirá hacia el manantial? —se atrevió a preguntar Charles, hablando por primera vez.

—Sí. El camino desemboca a un centenar de metros de él.

—¡En marcha, entonces! —resumió con voz tonante, Frederic.

Empezaron a escalar la colina, por un camino bastante abrupto y empinado. La frescura de la noche evitaba el cansancio que el trepar hubiera provocado al hacerlo bajo el sol. Gracias a eso no tardaron más de media hora en llegar a la cima.

Tom, que precedía a los otros, se detuvo una vez arriba, echando una ojeada a su alrededor. Después, sin decir nada, prosiguió andando hacia la izquierda, sin separarse mucho del borde de la colina.

Unos minutos más tarde se detenía de nuevo, esperando a que sus compañeros estuviesen a su lado para señalarles hacia enfrente.

—¡Mirad! Han montado barracones junto al manantial.

—¡Canallas!

—Creo que lo mejor será que me adelante yo para echar una ojeada. Quedaos vosotros aquí. Volveré enseguida.

Charles no pudo contener unas palabras de recomendación:

—Ten cuidado, Tom.

—No temas.

Avanzando en silencio, Wilson no tardó en percatarse de que los barracones no estaban destinados, como se temía en principio, a albergar hombres, sino que habían sido montados para encerrar las herramientas. Sobre las puertas de madera de cada uno de ellos —había cuatro— se leía lo que contenía: perforadores, picos eléctricos, palas mecánicas, cables...

Un poco más allá, junto al manantial, cuyas aguas subterráneas rugían con fuerza, había una poderosa y gigantesca máquina excavadora: un monstruo de acero, cuyas mandíbulas parecían dispuestas a devorar la tierra que tenían a su alcance.

Tom se estremeció.

Aquella máquina iba a ser la responsable de una sequía que no tardaría en echar por tierra todas las cosechas que habían sido hechas. Comprendía el joven ahora que mientras el manantial estuviese en manos de aquellos hombres, la vida del Valle dependía de ellos, que poseían la llave del agua, en la que nada podría hacerse allá abajo.

Después de percatarse de que no había nadie, silbó a sus compañeros que acudieron rápidamente.

—¿Qué hay? —inquirió Frederic.

Tom explicó:

—Unos barracones, ahí, a la derecha, repletos de herramientas. Y esta máquina...

—¡Malditos! ¿Te das cuenta, Tom, de que pueden desviar el agua del manantial y convertir el Valle en un lugar de desolación y muerte?

—En eso mismo estaba pensando yo ahora...

—¡Dios mío! —exclamó Charles.

Y Frederic, volviéndose hacia él, inquirió:

—¿Dudas aún, Burke? ¿Crees que debemos inclinarnos ante tanta maldad? ¿Piensas que debemos dejar qué corten el agua, que sequen nuestras tierras, que destrocen las cosechas y que, antes de inundarlo, conviertan el Valle es una tierra maldita?

—¡Estoy con vosotros!

—Así me gusta.

—Bueno, dejaos de palabras, muchachos —intervino Tom—. Mi idea es que me deis la mitad de vuestros cartuchos que, con los míos, podrán hacer que salte la máquina.

—¿Y el resto?

—Lo distribuís entre los cuatro barracones, con los cartuchos que sobran habrá bastante para hacerlos saltar, mientras que la máquina necesita más carga.

—Yo he traído un disparador con cronógrafo —dijo Charles.

—Estupendo —replicó Tom—. Coordinaremos la explosión general para dentro de treinta minutos, tiempo suficiente para que estemos ya en el coche. ¿Qué les parece?

—Bien.

—Dadme los cartuchos.

Con los que sus amigos les entregaron, Tom se alejó hacia la máquina, mirándola con odio mientras distribuía las cargas por lo que le pareció ser las partes vitales: motor, distribuidor de movimientos, engranajes. Luego, una vez unió las cargas entre sí, montando todos los detonadores, cogió el hilo general, caminando hacia los barracones.

Frederic y Charles habían terminado.

Una nueva unión y Tom introdujo en el circuito el disparador automático, colocando su única manilla en la cifra treinta.

—¡Vámonos!

El descenso fue, naturalmente, mucho más rápido que había sido

la ascensión. Y quince minutos después estaban ya en el coche, que Frederic puso en marcha.

—¿Seguimos? —inquirió.

—¡Claro! —replicó Tom—. Lo bueno es que la explosión nos coja en el Valle. Iremos a casa de Perla, que guardará el secreto, diciendo a todo el mundo que hemos estado con ella desde hace un par de horas: será una coartada perfecta.

—Me parece muy bien —dijo Sanderson, poniendo el coche en marcha.

No encendió los faros, guiándose en la oscuridad, ya que conocía el camino palmo a palmo. Una vez en el Valle, volvió a tomar el de circunvalación, yendo directamente hacia la casa de la prometida de Tom.

Iba a detener el coche cuando una llamarada formidable surgió allá arriba, sobre la colina, seguida de una explosión estruendosa, que el eco repitió y agrandó en el Valle, multiplicando su efecto sonoro, como un trueno salvaje y gigantesco.

Los tres jóvenes miraron hacia arriba mientras experimentaban una sensación de triunfo y la sonrisa se le subía a los labios, como un perfume de flores.

### CAPÍTULO III



El potente vehículo oruga se detuvo junto a la casa de dos pisos, a unas quince millas de las colinas, donde la Compañía había instalado sus oficinas y almacenes principales.

Walter Laing, el hombre de tipo de boxeador que había acompañado la víspera a Anderson a la visita de los colonos, saltó del coche.

La expresión de su rostro desprendía una indecible cólera.

Corriendo hacia la puerta iluminada, atravesó el umbral, escalando, una vez dentro, la escalera que conducía al primer piso, a una velocidad tremenda.

Una vez arriba, penetró sin llamar en la última habitación, a la derecha, al fondo del largo pasillo al que había desembocado.

George Anderson estaba allí, detrás de la mesa, fumando un cigarrillo, con una taza de café humeante sobre la carpeta.

—¿Qué hay?

—¡Han destrozado todo! Los barracones han saltado en pedazos...

—¿Y la máquina?

—¡Hecha cisco! ¡Los muy canallas! No han tardado mucho en reaccionar. ¡Si me hubiera usted escuchado!

Anderson frunció el entrecejo.

—¿Escucharte? ¿El qué? —inquirió mirando al otro.

—Debíamos haber llegado todos al Valle, echando a patadas a esa banda de tiznados. ¡Eso es lo que deberíamos haber hecho, en vez de hablarles como si fuesen personas!

—No seas estúpido, Laing. Si hubiésemos obrado así habríamos perdido todo. Hay que lograr que se vayan, que evacúen sus tierras, que nos firmen los documentos de cesión.

—¡Nunca lo harán!

—Ya veremos, justamente, con la torpeza que han cometido esta noche, se han puesto, sin darse cuenta, la sogá al cuello.

—¿Qué quiere usted decir?

Anderson no despegó los labios, haciendo caso omiso de la presencia del otro.

Encendiendo un cigarrillo, entornó los ojos, más para reflexionar que para evitar que el humo penetrase en ellos. Transcurrió así un largo rato.

Luego, de repente, levantando la cabeza y mirando a Walter, dijo:

—Creo que he encontrado la manera de arreglar todo esto.

—¿Sí?

—Sí. Ya te dije antes que se habían buscado la ruina.

—No le entiendo.

—Ni falta que hace. Lo que vas a hacer es mucho más sencillo. Te pagaré bien, pero has de hacerlo enseguida.

Walter preguntó:

—¿De qué se trata?

Anderson sonrió.

Después, con voz incisiva, explicó su plan al hombre, que le escuchó atento, percatándose, nada más empezar a hablar el otro, que los colonos habían perdido todos sus derechos.

¡El plan de George era magnífico y no podía fallar!

Pat Sullivan, el médico jefe de la SIP, se sentó al lado de Callowan, en la terraza del apartamento que éste poseía en el edificio central, en Washington.

Muchas tardes como aquélla los dos hombres solían tomar café juntos, aprovechando de los cortos espacios de ocio que sus labores respectivas les dejaban... de vez en cuando.

Pat Sullivan era, con Donald Callowan, el único hombre que había visto nacer la Spacial International Police, quince años antes. De ahí venía la profunda amistad que unía a ambos y la familiaridad con que se trataban, ya que el médico era el único miembro de la SIP que tuteaba a Donald.

Parecía éste hondamente preocupado, aunque no era eso una novedad para Pat, que comprendía que el cerebro de su amigo y jefe debía estar constantemente ocupado en mil cosas distintas.

Por eso, respetando el silencio de Callowan, Pat tendió la mano para coger la taza que humeaba sobre la mesa.

Desde la terraza, la vista era magnífica y podía decirse que se dominaba casi la totalidad de las instalaciones de la Central, sus edificios de la Escuela, sus parques de entrenamiento y tiro, sus secciones científicas, su enorme laboratorio, todo ello bordeado de paseos con grandes árboles.

Y a lo lejos, ondulando en curvos meandros, el Potomac, cuyas aguas relucían bajo el sol que se estaba poniendo lentamente en el horizonte detrás del Capitolio, con su masa marmórea.

Callowan rompió, finalmente, el silencio.

—No me gusta nada —dijo.

Pat no pudo evitar una sonrisa al notar que su amigo hablaba de algo, diciendo sólo la conclusión, pero guardando el resto para él.

—¿De qué se trata esta vez, Donald? —inquirió, curioso.

—¡Ah! ¿No te lo había dicho?

—No sé ni una palabra.

—Perdona —repuso el jefe de la SIP, sonriendo a su vez—. Es que es algo con lo que nos encontramos por primera vez.

—¿Eh?

—Lo que oyes. Ya sé que te parecerá un poco raro el que te diga que la SIP encuentra algo nuevo en su camino. En realidad, es muy

difícil que algo nos llame la atención, ya que, después de todo, sólo varía el modo de cometer los delitos, siendo éstos, en el fondo, idénticos a los que siempre han ocurrido...

»Pero esta vez es algo distinto...

—¿Un crimen nuevo?

—No. Escucha. Esta mañana he recibido una denuncia de una Compañía de Venus, un organismo, competente que había conseguido una aprobación, por parte del Consejo Mundial, para hacer una presa en una zona y aprovechar para los colonos una amplísima cantidad de terreno. La Compañía, llamada «Saltos de Venus», deseaba ampliar los cultivos en una región en la que sólo se aprovecha el agua para una pequeñísima parte, ocupada ahora por una colonia de hombres de raza negra, llamada el Valle.

—Entiendo.

—Esa Compañía estaba dispuesta a pagar bien a los colonos, para que éstos le vendiesen sus actuales tierras de cultivo, proporcionándoles, al mismo tiempo, parcelas equivalentes en las nuevas zonas y dándoles el derecho de elegir los primeros antes que otros agricultores se trasladasen allí.

—Es completamente normal.

—Y humanitario. Así lo veo yo y lo ven todos. Pero he ahí que hace unas cuantas noches alguien ha volado las máquinas y los depósitos de herramientas de la Compañía.

—¿Los negros?

—No hay duda alguna. El director de «Saltos de Venus» había hecho, la tarde anterior, una visita de buena voluntad a los colonos, previniéndoles con tiempo suficiente para que dispusiesen una evacuación ordenada, poniendo incluso a su disposición los medios de transporte para que nada de valor quedase en el Valle.

—¿Es que ese dichoso Valle va a desaparecer?

—Desde luego. El Valle, según me han dicho en el informe que acompañaba la denuncia, es un espacio cerrado por colinas que, con poquísimo trabajo, puede convertirse un pantano ideal, reteniendo las aguas que la Compañía se propone almacenar allí para garantizar el riego y la energía eléctrica a los nuevos colonos, establecidos en las tierras que hoy no son más que espacios desérticos.

—Comprendo.

—Bastará cerrar la parte sur de ese valle para, inundándolo, construir una magnífica reserva de agua.

—Está clarísimo. Lo que no entiendo es por qué debe intervenir la SIP en un asunto que, a todas luces, depende de la Policía local.

—Es que no te he contado todo, Pat.

—¡Ah!

—Los hombres que hicieron volar las instalaciones de la Compañía no se percataron, o no quisieron hacerlo, de que había dos viejos guardianes en las cabañas de las herramientas.

—¿Muertos?

—Sí. Destrozados los dos.

—Eso es distinto.

—Es por lo que antes te decía que nos encontrábamos ante un asunto nuevo: dos homicidios cometidos por gente que no es criminal.

—¿Y si no se dieron cuenta de la presencia de los dos guardianes?

—Ahí está el «quid» del asunto, Pat. Si no se dieron cuenta, y pueden demostrarlo, se tratará de dos homicidios involuntarios; pero si se dieron cuenta, o no pueden demostrar lo contrario, será un caso de dos asesinatos.

—¡Gravísimo!

—Desde luego. Pero además de grave, fastidioso, porque me parece imaginar que los autores de la explosión obraron impelidos por un movimiento de cólera, quizás empujados por el ansia ciega de salvar el Valle.

—Todo eso significa que los colonos no están dispuestos a ceder.

—Sí. He recibido una llamada telefónica hace un rato, anunciándome la llegada de un miembro del Consejo Mundial. ¿Recuerdas a Lukas Orson?

—Sí. Creo que es el único negro del Consejo.

—En efecto. Poco me ha dicho por teléfono, pero me temo que venga a intervenir en favor de los de su raza.

—No va a ser un asunto bonito si las razas se mezclan.

—Yo no puedo creer que la Compañía tenga esas minucias en cuenta y estoy seguro que hubiera obrado del mismo modo si los colonos fueran blancos o amarillos.

—Estoy de acuerdo contigo. Hace tiempo que los problemas

raciales no nos dan ningún disgusto.

—Pero, de todos modos, siempre hay algo que marcha mal a ese respecto. ¡Es un fastidio!

—¿Y cuándo va a venir Orson?

—Le espero ahora...

Hubo una pausa.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió luego el médico.

—Todavía no lo sé, Pat. Desde luego, ya comprenderás que después de la denuncia que he recibido he de enviar alguien allí, junto a la Compañía, para dar más fuerza y legalidad a los deseos de ésta, puesto que poseen un permiso en regla del Consejo.

—Pero tendrás al mismo tiempo que investigar la muerte de esos dos desdichados.

—Sí.

—¿Entonces?

—Es, como ves, un asunto muy delicado. Por una parte, la presencia de uno de mis agentes junto a la Compañía puede exacerbar a los negros, impulsándoles a nuevas tonterías. Y si envío un agente a los colonos para investigar y detener a los culpables de la explosión y de las muertes... la Compañía se envalentonará, la situación se hará más áspera y, lo que más me temo, estallará entre negros y blancos una especie de guerra de razas.

Encendió un habano.

—Lo que me interesa, además de detener a los culpables, claro, es evitar desórdenes. Podría obligar a los colonos a obedecer, pero no haría más que remitir la violencia más tarde, ya que los negros obedecerían, pero en el caso de ser inocentes guardarían un rencor que no tardaría en estallar.

—¿Crees que los de la explosión pudieron ignorar la presencia de los guardianes?

—Naturalmente. Mientras no se demuestre lo contrario, hemos de creer que esos colonos obraron de buena fe. Ya comprenderás que, en principio, lo que deseaban era destruir las máquinas y herramientas que significaban tanto mal para ellos.

Sonrió.

—Si se tratase de delincuentes comunes —dijo luego—, no me entretendría en pensar nada: enviaría a unos agentes y se terminó. Pero aquí se trata de gente llevada por la pasión, por el amor a una

tierra a la que, por lo visto, idolatran. Y tenemos que tener en cuenta muchas cosas, amigo mío, antes de lanzarnos adelante.

—Tienes razón: el problema es de órdago.

—¡Y que lo digas! Yo, por mi parte...

El sonido del interfono le interrumpió.

Callowan alargó la mano, pulsando la palanquita.

—¿Diga? —inquirió:

La voz de la secretaria se dejó oír:

—Míster Orson está aquí, señor Callowan.

—Hágalo subir a la terraza.

—Muy bien.

Donald pulsó de nuevo la palanquita.

—Ahora saldremos de dudas —dijo volviéndose a Pat.

Momentos después, un hombre alto, de raza negra, frente amplia e inteligente, con gafas montadas al aire, penetraba sonriente en la terraza, estrechando la mano a los dos hombres y sentándose después en una butaca a un gesto de invitación de Donald.

—Ha sido usted muy amable —dijo el negro— al recibirme tan pronto.

—No tiene ninguna Importancia —repuso Callowan—. En realidad deseaba saber lo que desea usted...

—He recibido una larga carta de los colonos de Venus, localizados en un lugar que ellos llaman el Valle de los Príncipes. En ella me hablan de una Compañía que quiere, a toda costa, construir un pantano, inundando las tierras de los colonos.

—Estoy enterado.

—¿Sí?

—Sí. Además, sé otra cosa que seguro no habrá negado aún a sus oídos, señor Orson.

Y le explicó lo de la explosión y sus trágicas consecuencias.

—¡Dios mío! —exclamó el negro—. ¡No puedo creerlo! Mis amigos son incapaces de hacer una cosa así.

—¿Intenta usted decir que el accidente ha sido provocado por la Compañía?

—No, de ninguna manera: yo no me atrevería nunca a juzgar a los demás de una forma tan gratuita.

—¿Entonces?

—Lo único que deseaba decirle, señor Callowan, es que mis

amigos, a los que conozco desde siempre, no tomarían nunca la senda de la violencia.

—¿Quiénes son sus amigos?

—Todos los miembros del Consejo de Familias, dirigido por Sidney Wilson, el hombre más bueno que he conocido.

—Pero puede haber alguien más que no posea la bondad acrisolada de ese Wilson.

El negro frunció el entrecejo.

—Hay un hombre —dijo después de una pausa— al que los colonos llaman «El Visionario». Su nombre es Jones Napoleón.

—¿Es capaz de llegar a la violencia?

—No lo creo. El pobre se ha convertido en una especie de pastor de almas para los colonos. Es, en el fondo, una excelente persona, ha estudiado mucho, pero todos estamos convencidos de que ha digerido mal lo que aprendió en los libros.

—¿Quiere decir eso que está trastornado?

—No. Su locura, si fuese real, sería siempre del tipo pacífico. Pero no creo que Jones esté loco.

—¿Entonces?

—Lo que puedo llegar a calcular es que sus palabras hayan podido impulsar a algunos jóvenes a cometer esa... barbaridad.

—Una barbaridad que ha costado la vida a dos hombres inocentes, señor Orson.

—Lo sé. Y no sabe usted cuánto lamento lo ocurrido. Sin embargo, sigo estando seguro de que la responsabilidad de esos hechos no puede recaer sobre mis amigos. Su carta y las que han dirigido a otros muchos, demuestran sus deseos de obrar dentro de la legalidad. En sus misivas se limitan a hablar de las maravillas del Valle y a rogar, a implorar, que el proyecto de embalse no se lleve a término. ¡Compréndalo, señor Callowan! Esos hombres han convertido el Valle en una especie de paraíso. Para ellos el Valle es todo y es natural que deseen conservarlo. Además, afirman que las tierras que intentan convertir en regadío no serán nunca tan fructíferas como las que ellos cultivan ahora.

Callowan tuvo una triste sonrisa.

—Comprendo todo eso, señor Orson. Pero mi deber es investigar la muerte de esos dos hombres y apoyar a los que poseen un permiso legal para construir el pantano.

—Lo sé.

Hubo un silencio penoso, largo.

Orson había, bajado la cabeza y reflexionaba hondamente. Luego, de repente, la levantó para mirar a Callowan a través de los cristales de sus lentes.

—¿Puedo pedirle un favor, señor?

—Desde luego, si está en mi mano complacerle...

—Creo que sí. Usted, por lo que veo, va a enviar un agente a Venus para investigar esas desdichadas muertes.

—En efecto.

—¿Por qué no lo envía de nuestra raza? Porque supongo que habrá agentes negros en la SIP.

—¡Claro que los hay! Y excelentes, a fe mía. Pero no olvide que mi agente ha de presentarse a la Compañía y que sus directores, al ver a un negro, no se mostrarán contentos en modo alguno, creyendo que intentamos ponernos, desde un principio, al lado de los colonos.

—Es verdad.

—Lo siento de veras —dijo Callowan—. Porque me hubiese gustado mucho poder complacerle.

Y fue entonces cuando Pat intervino:

—Puedes hacerlo, Donald.

El jefe de la SIP se volvió hacia su amigo, esperanzado.

—¿Tú crees?

—Desde luego. Envía un agente «oficial» a la Compañía.

—Eso es lo que pienso hacer.

—Bien. Pero puedes enviar otro, «oficioso», a los colonos. Así podrás conocer la verdad. Y, naturalmente, este último ha de ser de raza negra.

Callowan sonrió.

—No está mal la idea —dijo—. Después de todo, tenemos una quincena o algo más para resolver el asunto.

—Creo —intervino Orson— que la idea del doctor es sencillamente estupenda. Un agente que llegase al Valle como un colono más llegaría a conocer los motivos que han empujado a mis amigos a llegar a la violencia. Esto podría conducir al castigo de los culpables. Y, al mismo tiempo, su agente podría enterarse de la verdad del Valle..., por si los colonos tuvieran la razón.

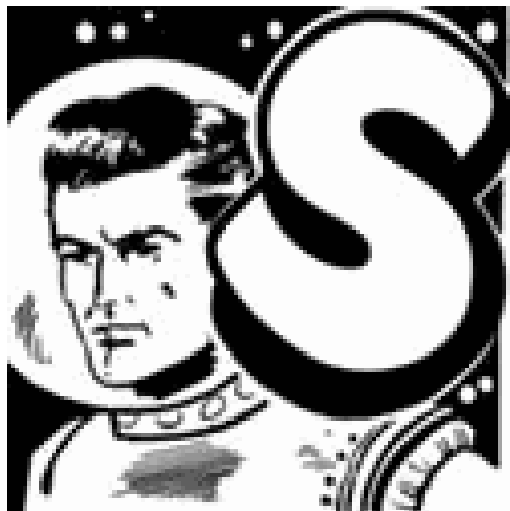
—Lo que yo deseo evitar a toda costa —dijo Callowan, serio— es que las violencias se reproduzcan. Enviaremos los dos agentes, tal y como hemos dicho. Lo difícil será hacer llegar al falso colono justo en estos momentos.

Orson sonrió.

—Eso corre de mi cuenta, señor Callowan. Soy el presidente de la Organización de Emigración Negra y mis amigos serán los últimos en sospechar nada.

—De acuerdo entonces.

## CAPÍTULO IV



e habían reunido todos, sin excepción, ante la casa de Sidney, en la amplia plazoleta. Estaban allí las cien familias de colonos.

El Consejo de Familias en pleno ocupaba una especie de estrado que había sido montado a toda velocidad. Y ante ellos, tras una mesa, en pie, con los puños cerrados, Sidney fulminaba con la mirada a los presentes.

—¡Insensatos! ¡Locos! ¡Irresponsables! —gritaba con voz de trueno—. ¡Eso es lo que son los que, desoyendo la voz del Consejo, se han atrevido a llevar la violencia y la muerte a lo alto de la colina!

El silencio, cuando dejaba Wilson de gritar, era denso, completo.

—¿Qué demonio pudo inspirar a esos desalmados tal cosa? ¿No pudieron comprender a tiempo todo el mal que iban a hacernos?

Una nueva pausa.

Luego continuó:

—La responsabilidad recae exclusivamente sobre ellos. ¡Porque no estamos dispuestos a consentir que por sus locuras tengamos que pagar un precio tan alto! Todo el mundo, incluso el más lerdo, comprenderá que ahora nos encontramos en una postura difícil y que digan lo que digan los de la Compañía, hemos de inclinarnos para darles la razón.

»¡Y eso nunca!

»Ya sabéis que el director de la Compañía ha denunciado el caso a la policía, incluso a la SIP. Eso demuestra claramente que van a aprovecharse de lo que unos locos han hecho para reducir el plazo de quince días, que estaban dispuestos a concedernos, y hacer que evacuemos el Valle mucho antes.

»Siguiendo por el camino legal que votó nuestro Consejo hubiésemos obtenido con facilidad una prórroga para seguir luchando contra los deseos de la Compañía. Pero ahora, ¿qué clase de caso queréis que hagan a unos hombres desalmados que, además de destruir máquinas y herramientas, lo que ya constituye un delito, se han atrevido a matar a un pareja de inocentes guardianes que nada tenían que ver con el asunto?...

Podía oírse el zumbido de las moscas.

—Por eso —tronó Sidney—, el Consejo desea que se presenten los culpables. Ellos deben comprender que sólo entregándolos a la justicia podremos demostrar a los demás que no estábamos de acuerdo con sus brutales procedimientos. Y cuando sean entregados, sean quienes sean, seguiremos luchando por el camino de la legalidad después de haber demostrado la inocencia de los colonos y su buena fe, al descubrir a los culpables y darlos a la justicia.

—Para evitar la vergüenza de las familias quiero hacer señalar que los culpables habrán de presentarse esta noche, completamente solos, en el extremo del camino, donde nadie, excepto el Consejo, deberá estar presente. ¡Y ay de ellos si no están allí esta noche! Porque la maldición de todos caerá sobre ellos y serán los únicos responsables de que el Valle se pierda para siempre...

Hizo una pausa; después, con voz solemne, continuó:

—Podéis volver a vuestras casas. ¡Que Dios os bendiga a todos!

Empezaron a moverse lentamente hasta que la plaza quedó desierta y que el Consejo descendió del estrado, yendo al interior de la casa de Sidney.

Tom y sus dos amigos tomaron un camino que les alejaba del centro de la colonia, yendo hacia uno de los campos del padre de Frederic, donde terminaron su paseo, penetrando en el interior de un barracón de herramientas que allí había.

Se dejaron caer sobre el suelo, encendiendo unos cigarrillos en silencio, sin osar mirarse los unos a los otros.

Transcurrió así un buen rato.

—¡Bueno, amigos! —dijo Tom—. De nada va a servirnos ocultar la cabeza bajo el ala. ¿No os parece, muchachos?

Intervino Charles, que, indudablemente seguía el hilo de sus pesimistas ideas.

—¡Estamos perdidos! ¡Qué barbaridad hicimos anoche!

Frederic se mordió los labios con rabia.

—¿Y qué sabíamos nosotros de esos tipos? Las puertas de los barracones, como tú mismo viste, estaban cerradas con candados. ¿Cómo diablos podía saber que esos locos estaban dentro?

Los ojos de Tom brillaron con intensidad.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho, Sanderson?

—Lo que has oído.

—¿Estás seguro de que las puertas de los barracones estaban cerradas con candados?

—¡Naturalmente!

—Yo no me di cuenta. En realidad, no hice más que leer los letreros que había en las puertas, yendo después hacia la máquina.

—Pues nosotros lo vimos perfectamente. Pregúntale a éste. Hasta atamos el cordón de los candados para mantenerlos a una cierta altura. ¿No es cierto, Charles?

—Sí —repuso el aludido.

—¡Pero eso quiere decir que no había nadie en los barracones!

Y ante el silencio expectante de los otros dijo:

—¿Es que no os dais cuenta de que intentan engañarnos, asustarnos, con unas muertes que no se han producido? Si las puertas estaban cerradas con candados «desde fuera», ¿cómo diablos queríais que cerrasen los que, según la Compañía, dormían dentro? ¡Vaya guardianes extraños!

Los ojos de Frederic se abrieron como platos.

—¡Tienes razón!

—¡Naturalmente que la tengo! Ahora comprendo todo: la

Compañía nos quiere echar esos dos fantásticos muertos en las espaldas para poder salirse con la suya.

—¡Bandidos!

Charles intervino:

—Pero ¿cómo demostrar que las puertas tenían candados?

Le miraron con rabia pero dándose cuenta de que tenía toda la razón.

Frederic, con el gesto torcido, dijo:

—Quizá, si dejaran examinar los restos de la explosión, podríamos encontrar los candados.

—Tú lo has dicho —replicó Tom—: «Si nos dejaran». ¿Crees que se chupan los dedos?

Frederic dijo:

—Desde luego que no. ¡Menuda banda de pillos!

—Pero —intervino de nuevo Charles— deben haber encontrado restos de los cuerpos. Una explosión no los hace desvanecer así como así.

—Desde luego. Charles tiene razón. Después de todo, no empleamos en los barracones más de seis cartuchos. Deben haber encontrado restos... es decir, podemos exigirlos como prueba de las muertes de las que nos acusan.

—¡Ganaremos la batalla al final!

—No lo dudes.

—¿Qué pena deberán aplicar por el destrozo de las máquinas y de las herramientas? —inquirió Charles, prudente como siempre.

—Muy poca. Quizá se limiten a hacerlas pagar.

—Eso es mucho mejor.

Guardaron silencio.

—Escuchad —dijo Frederic, cuyo cerebro funcionaba a toda marcha—: No podemos defraudar al Consejo, lo que quiere decir que debemos darle un culpable.

—¿Eh?

—Seguid escuchando, por favor. Satisfaciendo a los viejos, ahora que sabemos que lo de las muertes de los guardianes no es más que un ardid de esos granujas, podemos calmar a nuestras familias. Pero, al mismo tiempo, hemos de preocuparnos por seguir investigando, dispuestos a ayudar a los nuestros.

—Y eso quiere decir...

—Que con un culpable hay bastante. Uno de nosotros se presentará esta noche.

Se miraron los unos a los otros.

Y Charles, que había bajado la cabeza, dijo:

—Yo no podría hacerlo. No contad conmigo.

—¿Por qué? —inquirió Sanderson.

—Porque nunca podría resistir a un interrogatorio de la policía y terminaría diciendo la verdad.

—¡Cobarde!

—Llámame lo que quieras; pero prefiero ser cobarde ahora a que más tarde me tachéis de traidor.

Frederic cerró los puños amenazadoramente.

—¡Debía romperte los morros! —rugió sordamente.

—¡Alto! —gritó Tom—. No tienes derecho a eso, Frederic.

—¿Por qué no? ¿No has oído a esta cobarde?

—No digas eso. Charles se ha confiado a nosotros y, después de todo, está en lo cierto al obrar así.

—¿Cómo? —se indignó Sanderson—. ¿Es que vas a dar la razón aún a esta cucaracha inmunda?

—¡Basta, Fred! —rugió Wilson—. ¡No estoy dispuesto a consentirte que hables así!

—Charles vino con nosotros y se portó bien —dijo después de un silencio molesto—. Lo que ahora le ocurre es distinto. Y bastante noble es, por su parte, prevenirnos que no resistiría un interrogatorio. ¿Qué quieres? ¿Qué nos denuncie, a pesar suyo?

Frederic no dijo nada, limitándose a encogerse de hombros.

—Lo mejor que Charles ha podido hacer —siguió diciendo Tom— es confesarse de esa manera. Ahora ya sabemos que hemos de ser tú o yo el que se presente esta noche al Consejo de Familias... al menos que opongamos algo.

Los ojos de Sanderson brillaron profundamente.

—¿Yo? ¿Crees que tengo miedo?

—No he dicho eso.

—¡Pero lo has pensado! ¡Iré yo! Y ya pueden interrogarme como quieran. No despegaré los labios.

—Irás tú... si te toca.

—¿Qué quieres decir?

—Que vamos a rifar el puesto. Charles...

—¿Qué quieres, Tom?

—Escribe un número sin que nosotros lo veamos: del uno al diez.

Burke obedeció.

—Ya está —dijo luego.

—Empieza tú, Frederic. Quien acierte el número irá.

—Bien. El siete.

—El cinco.

—El tres.

—El ocho.

—Ése es, Tom —intervino Charles, mirando a Wilson.

El joven sonrió.

—Lo esperaba: iré yo ésta, noche.

Se hizo una pausa.

—Vosotros dos, mientras yo esté ausente, no hacer idioteces y trabajar unidos: es la única manera de hacer algo positivo. Ahora, estrechaos las manos delante de mí.

Lo hicieron, sonriendo los tres al final.

—Así me gusta —dijo Tom—. Voy a irme ahora a casa de Jones: es el único que sabe que fuimos los tres y quiero que mantenga su boca cerrada.

—¡Es cierto! —exclamó Fred—. ¡Lo había olvidado!

—Yo, no. Hasta la vista, amigos.

Se abrazaron, emocionados. Y Tom se alejó, tranquilo, hacia la casa del «Visionario».

Estaba contento de haber sido el elegido.

\* \* \*

Estaba empezando a anochecer cuando Tom se detuvo ante la puerta del jardín donde vivía su prometida, silbando de la manera que solía hacerlo para llamarla.

En efecto, Perla salió poco después, acercándose al joven, que la estrechó entre sus brazos.

—¡Tom!

—¡Hola, querida!

Ella, se desasíó un poco, mirando a los ojos del joven.

—Anoche te esperaba...

—Ya lo sé. Pero todo esto nos ha trastornado un poco. Vengo a despedirme, Perla.

—¿Eh?

—Sí. Voy ahora mismo al camino, donde el Consejo me espera.

Los ojos de la muchacha se dilataron y una expresión de terror hizo que el tono negro de su piel tomara un tinte ceniciento.

—¿Cómo? ¿Es que fuiste tú...?

—Sí.

—¡No puede ser, Tom! ¡No puede ser! Tú no has podido hacer eso...

—Escucha, querida. Estoy completamente seguro de que no había nadie en los barracones, ya que estaban cerrados por fuera con un grueso candado cada uno...

—¿Entonces...?

—Son esos granujas de la Compañía que han inventado lo de los muertos para poder obrar a su antojo. Por eso no tiene importancia alguna que me presente, ya que, en última instancia, no pueden castigarme más que a pagar la máquina y las herramientas destruidas...

—¡Pero eso puede costar una fortuna!

—Si conseguimos permanecer en el Valle, los colonos, estoy seguro, pagarán gustosos, ya que se darán cuenta de que hemos sido nosotros los que conseguimos frenar a esos canallas...

—Has dicho nosotros, Tom. Y ahora comprendo lo de anoche: Charles y Fred estaban contigo.

—Sí, pequeña... Fuimos los tres, pero hemos pensado que sólo uno debía entregarse.

Perla preguntó:

—¿Y por qué precisamente tú?

Él le explicó detalladamente la reunión que habían tenido. Y Perla, con la cabeza reclinada en el pecho de Tom, lloraba amargamente.

—Cálmate, querida. Volveré pronto.

Ella no dijo nada, levantando la cabeza, ofreciéndole generosamente los labios.

Poco después el joven se alejaba con el ceño fruncido, preocupado por vez primera por lo que el porvenir podría ofrecerle.

Cuando llegó al camino, el Consejo estaba allí en pleno, sobre

los dos coches en los que se había trasladado. Tenían los faros encendidos y Tom se vio envuelto en su luz cegadora junto a su coche, Sidney palideció, apoyándose en el guardabarros para no desplomarse.

Pero pronto volvió a posesionarse del control de sus nervios.

—¿A qué vienes aquí, Tom? —inquirió, cuando su hijo estuvo ya a su lado.

—Fui yo quien voló esas máquinas, padre.

Los ojos de Sidney parecieron lanzar chispas.

—¡Asesino! —gritó—. ¡No vuelvas a llamarme padre! ¡No soy nada tuyo y maldigo el día en que llegaste, entre nosotros!

Nadie se atrevía a decir nada. Sidney luchaba contra la cólera y la vergüenza, que le hacían sufrir lo indecible.

—¡Jim! —llamó.

Un hombre surgió del grupo, acercándose a él.

—Dime, Sidney.

—Coge a ese asesino y llévalo arriba, entregándolo a la Compañía para que esos hombres lo entreguen a la policía.

—Bien, pero...

—¡No hay peros que valgan!

—De acuerdo.

El hombre se acercó al joven.

—Vamos, Tom...

—Sí, señor Crellin.

Poco después el coche de Crellin se alejaba cuesta arriba, escalando el camino de la colina.

—¿Cómo pudiste hacerlo, Tom? —inquirió el viejo.

—Ya está hecho, señor —repuso el joven—. ¿Para qué hablar más de ello? ¿No voy a pagar mi culpa?

—Sí, ya lo sé, hijo mío. Pero habrá alguien más que la pagará... y muchísimo más caro que tú.

—¿Quién?

—Tu padre... y tu madre.

—¿Es que van a decírselo a mi madre? —inquirió Wilson, aterrado por no haber pensado en aquello.

—Es natural. Y aunque se callen, ¿cómo explicar tu ausencia? Ya sabes que tu padre es incapaz de mentir.

—Es cierto.

Hubo una pausa.

—¿Cómo pudisteis hacer eso, muchacho? —inquirió el viejo, sin dejar de mirar a la carretera, que los faros iluminaban.

—¿Pudisteis?

—Sí. No vas a engañarme. No pudiste hacerlo tú solo.

Tom preguntó:

—¿Por qué no?

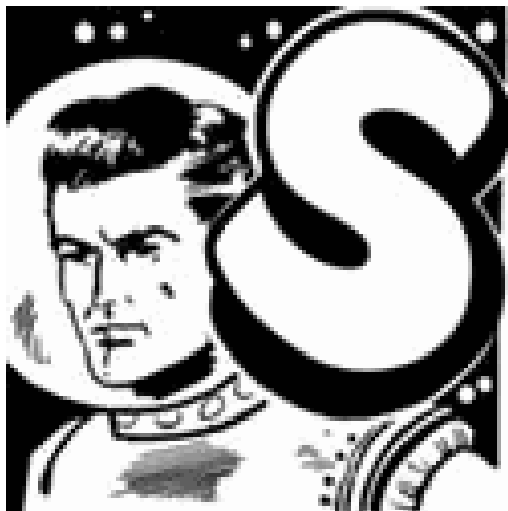
El otro sonrió.

—Soy muy viejo, es verdad..., pero aún no estoy ciego. Sin decir a nadie nada, recorrí este camino en mi coche. Y vi las huellas del de Frederic, con sus ruedas, que son las más anchas de la colonia. No sé por qué te entregas precisamente tú, cuando tanta falta nos hacía que tu padre conservase toda su serenidad, cosa que ahora va a ser difícil; pero, de todos modos, jamás podrás convencerme de que fuiste tú solo.

Tom no dijo nada, prefiriendo guardar un silencio que el otro, a partir de aquel momento, respetó íntegramente.

Una hora y media más tarde, las luces de las instalaciones de la Compañía aparecieron ante ellos, marcando el fin del viaje.

## CAPÍTULO V



Subió Walter la escalera, no importándole lo importuno de la hora. Por fortuna, Anderson estaba aún en su despacho y levantó la cabeza al ver entrar al hombre con tipo de boxeador.

—¿Qué hay, Laing?

—¡Adivínelo, señor! Me apostaría la paga de todo un mes a que no daba usted con ello.

—No estoy para perder el tiempo, muchacho. Al grano: ¿de qué se trata?

Walter sonrió, gozando por anticipado del efecto que iban a producir sus palabras en el otro.

—Acaba de llegar un colono.

—¿Eh? ¿Qué diablos quieren esos tiznados?

—¡Oh, no proteste demasiado, señor! Han venido como amigos, para demostrarnos su buena fe.

Impaciente, George tamborileó la mesa con los dedos.

—¿Quieres acabar de una vez?

—En seguida. El colono ha traído al autor de la explosión.

La incredulidad se pintó en el rostro de Anderson.

—¿Qué idioteces estáis diciendo?

—Es la verdad, señor. El negro me entregó al culpable, diciendo que lo pusiésemos a disposición de la policía y que lo que hacía era prueba de la buena voluntad de los colonos y de su decisión da obrar dentro de la legalidad.

—¿Dónde está... ese hombre?

—Lo tengo abajo, con Taylor y Paxman.

—¿Qué tal es?

—Joven y fuerte como un tronco.

George guardó silencio, encendiendo a continuación un cigarrillo. Después hizo un gesto hacia el otro.

—Siéntate.

Obedeció Walter y al cabo de unos instantes, preguntó:

—¿Puedo fumar?

—¡Haz lo que quieras, pero cierra la boca, idiota!

Laing se encogió de hombros, sacando un cigarrillo que encendió, sin osar mirar hacia el otro.

Los minutos empezaron a transcurrir, lentísimos, interminables. Hasta que Anderson, musitando las palabras, como si hablase consigo mismo, inició su monólogo:

—La presencia de ese joven culpable, va a demostrar al agente de la SIP que esperamos, que los colonos obran con buena voluntad; cosa que, desde ningún punto de vista, nos interesa. Quiero que los negros sigan apareciendo ante la policía como un grupo de bárbaros salvajes, de gente sin entrañas, que son capaces no sólo de hacer volar máquinas y herramientas preciosas, sino, incluso, matar a inocentes guardianes...

Extendió la mano hacia el teléfono, marcando un número. Luego esperó hasta que del otro lado se oyó el sonido de descolgar.

—¿Diga? —Sonó una voz en el auricular, lo bastante fuerte para que incluso la oyese Walter.

—¿David?

—Sí. ¿Eres George?

—El mismo.

—Me alegra que me hayas llamado. Hace un rato que se ha

presentado a mí un agente de la SIP, enviado especialmente para estudiar el caso del Valle.

George preguntó:

—¿Va a venir enseguida?

—No. Le llevaré yo personalmente en mi helicóptero, mañana por la mañana.

—Perfecto. Ahora escucha...

Y le contó lo que Walter acababa de decirle, agregando los comentarios que habían integrado su soliloquio.

—Eso —dijo su comunicante— es de la mayor importancia. Justamente, el agente de la SIP está completamente convencido de que toda la culpa de lo ocurrido debe recaer sobre los negros.

—¡Así pensaba yo!

—Arréglatelas como puedas. Pero, de ninguna manera podemos dejar que los colonos aparezcan como gente dispuesta a colaborar con las autoridades.

—Así lo haré.

—Además, si puedes, utiliza a los muchachos para envenenar las cosas. Inventa algo, pero da, sobre todo, la impresión al policía de que esos colonos son una banda de indeseables.

—De acuerdo.

Sonó el aparato, al otro lado, al ser colgado. Y Anderson, poniéndose en pie, dijo:

—Vamos a ver a ese tipo, Walter.

—¡Ya era hora!

Descendieron hasta el sótano, en una de cuyas estancias estaba Tom, vigilado por Verne Taylor y Bill Paxman, dos de «los hombres de mano» del director de la Compañía. Una luz mortecina pendía del techo y el fondo de la habitación, así como la parte media, estaba lleno de bultos sobre uno de los cuales se había sentado el colono.

Al entrar George y su acompañante, el joven negro levantó la cabeza, reconociendo enseguida al hombre que había visitado a su padre para comunicarle la decisión del Consejo Mundial respecto al Valle.

Anderson se detuvo a pocos pasos del negro.

—¿Eres el culpable de las explosiones?

—Sí.

—¿Tú solo?

—Sí.

Anderson sonrió, malévolamente.

—Eres un embustero —dijo, con voz cortante—. Mis hombres descubrieron, junto al camino, huellas de tres personas distintas. ¿Por qué los colonos no han enviado a los otros?

—Porque no hay otros: fui yo solo.

—¿Sabes que eres un asesino y que terminarás en la Cámara Electrónica?

—Usted no es ni policía ni juez para juzgarme. Además, no podrá demostrar que maté a nadie.

—¿No?

—¡Naturalmente que no! Le exigirán que muestre los restos de los supuestos guardianes que, como yo, sabe usted que no estaban, ya que las puertas de los barracones estaban cerradas, por fuera, con gruesos candados.

Anderson tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para dominar la impresión que le habían causado las imprudentes palabras de Tom.

Pero sonriente, le dijo:

—¿Sabes que eres un chico muy listo?

Tom no despegó los labios.

Se había dado cuenta de que el hombre acababa de recibir un impulso directo, lo que le demostraba que la no existencia de guardianes era la verdad.

—Sólo deseo saber —dijo Anderson—, antes de que venga la policía, el motivo que ha habido para que tus compañeros de la otra noche no se hayan presentado como tú.

—Ya le he dicho que lo hice solo.

Anderson dijo:

—Como quieras.

Y volviéndose a Walter, prosiguió:

—Te lo dejo, Laing; es decir, os lo dejo. Volveré dentro de media hora. Quiero que diga lo que me interesa saber.

Presintiendo lo que le esperaba, Tom, no sintió miedo.

—¿Sabe a lo que se expone haciendo que estos bestias me peguen, señor Anderson?

George, que ya estaba junto a la puerta, se volvió, siempre sonriente.

—¿A qué me expongo, joven sabelotodo?

—A un serio disgusto. Porque en cuanto llegue la policía, diré que me han maltratado.

—Perfectamente. Seguro que la policía te hará muchísimo caso. Ya me veo entre rejas... ¡la, ja, ja! ¡Dadle fuerte, muchachos!

Y salió.

Con los ojos destilando rabia, Walter, avanzó. Sin mirar a los otros.

—Sujetadle bien, vosotros —les ordenó.

Tom intentó debatirse, pero todo fue inútil. Los dos hombres le sujetaron fuertemente, echándole los brazos hacia la espalda, retorciéndoselos para inmovilizarle.

Ahora tenía a Laing ante él, con aquel rostro de boxeador, brutalmente castigado, con los ojos brillantes y una sonrisa mala en los gruesos labios.

—No quiero pegarte, pequeño —dijo—. ¿Y sabes por qué? Porque voy a hacerte mucho, muchísimo daño. Ya ves que me porto correctamente contigo. Si contestas a la pregunta que el señor Anderson te ha hecho, no te tocaré el pelo de la ropa. ¡Palabra!

—¡Vete al infierno!

—Tú lo has querido...

El primer golpe fue dirigido directamente al estómago. Tom se dobló en dos, al tiempo que experimentaba un dolor lancinante que le corría por el cuerpo. Casi enseguida empezó a vomitar.

Walter repitió el golpe, en el mismo sitio, con una precisión matemática. A Tom le pareció que le partían en dos y empezó a respirar con dificultad.

—¿Contestas a la pregunta? —inquirió Laing.

Su puño se estrelló ahora en el ojo izquierdo del negro, cuyo cerebro le llenó de unos fuegos de artificio de todos los colores. Otro golpe, en el otro ojo, le sumió en una especie de seminconsciencia letal.

Walter siguió golpeando.

Cuando se cansó, hizo un gesto a Verne para que le sustituyese. En realidad, Tom no era más que un guiñapo.

Media hora más tarde, al entrar en el sótano. Anderson se encontró con tres hombres, cansados, sentados en el suelo y una especie de muñeco desarticulado junto a ellos.

—¿Habéis logrado algo?

—Nada.

—¡Imbéciles! Aunque, después de todo, nada importa. ¡Walter!

—¿Qué hay, señor?

—Cóglele y llévalo arriba. He preparado todo. Este imbécil nos ha dado la idea de su propio destino.

Y sonrió, seguro del triunfo.

\* \* \*

Sidney, cuyos cabellos habían encanecido aún más, miró al hombre que estaba ante él.

—Llegas en malos momentos, hermano... ¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Jay Stuard, señor.

—¿Y cómo se te ocurrió venir aquí?

—Me habían hablado mucho del Valle, señor Wilson. E hice una instancia al Departamento de Emigración, siendo aprobada.

—Sí, ya he visto la firma de mi buen amigo Orson. De todos modos, lamento que hayas decidido a venir justamente ahora.

Y relató al nuevo todos los acontecimientos que se habían producido hasta el momento, sin omitir la entrega de Tom.

—Hay tierra para ti —dijo—, ya que mi hijo ha dejado un sitio en blanco, que creo tardará bastante en ocupar. También hay sitio y comida en esta casa. Si no ves ningún inconveniente...

—Todo lo contrario, señor.

—Pues bien. Puedes quedarte.

—¡Muchas gracias!

Sidney hizo un gesto vago.

—¡Moora! —llamó, alzando la voz.

Una muchacha espléndida apareció en el umbral. Era joven, esbelta, con ojos rasgados y una boca con labios preciosamente dibujados. El joven vio que iba vestida de negro.

—¿Me llamabas, papá?

—Sí, hija. Lleva a este joven a la habitación de tu... de Tom. Ocupará, por el momento, el sitio que él ha dejado vacante.

—Bien, papá.

Jay siguió a la joven, atravesando en su pos un amplio salón,

subiendo después una escalera y penetrando, por último, en una habitación del primer piso, que ella abrió, haciéndose a un lado para dejar que el recién llegado pasase primero.

La estancia era amplia, limpia. Además de la cama, mesilla de noche y un armario, había una estantería repleta de libros, una guitarra colgada de la pared y algunos banderines de los mejores equipos de «béisbol» de América.

Se respiraba allí la alegría de vivir, la juventud de su antiguo ocupante...

—¿Le gusta?

—Muchísimo, señorita Moora... Aunque, a decir verdad, preferiría que su hermano siguiese ocupándola.

Ella bajó la cabeza.

—¿No vestirán de negro por él, verdad?

Le miró, con sus grandes ojos de color aguamarina, bordeado por el brillo luminoso que la primera lágrima ponía en ellos.

—Sí. Mamá y papá lo han dicho. No esperan que Tom vuelva jamás.

—¡Pero eso no es posible! Tom será juzgado y, si se demuestra que no había nadie en los barracones, no tendrá más que pagar una indemnización a la Compañía.

Se dio cuenta que había puesto las manos sobre los hombros de la muchacha, pero no las retiró.

—Además —dijo, con vehemencia—, yo no creo que Tom fuese el único que subió a la colina. Por lo que su papá me ha explicado, es imposible.

—Eso lo sabemos todos.

—¿Eh?

—Sí. Todo el mundo sabe que Charles y Frederic le acompañaron. Pero se respeta la decisión de mi hermano, aunque no sabemos por qué lo hizo y cómo los otros consintieron a su sacrificio.

Le daba tanta pena la muchacha que estuvo a punto de decirle que su misión, en el Valle, era descubrir aquello y muchísimas cosas más; pero, conteniéndose a tiempo, Jay prefirió consolarla, cosa que logró en pocos instantes, aconsejándola después que se fuese.

—Todavía no sé qué trabajo debo hacer.

Ella le sonrió, con esfuerzo.

—Padre no se lo dirá —dijo—. Desde que Tom se fue, apenas si sale de casa. Coja, después de almorzar, el tractor. No tiene más que seguir el camino. Verá una parcela marcada con nuestro nombre, «Wilson». Allí dejó mi hermano el trabajo sin terminar...

Y como si un sollozo imprevisible le sacudiese el cuerpo, salió corriendo, velozmente, bajando las escaleras de cuatro en cuatro, huyendo de la conmiseración del joven.

Jay Stuard se quedó inmóvil, reflexionando.

Como esperaba, el ambiente de las familias del Valle no podía ser más honesto; pero, a pesar de ello, tenía que investigar a fondo antes de poder llegar a una conclusión. No podía olvidar que un compañero suyo, otro agente de la SIP, estaba trabajando junto a la Compañía. Y que su misión, la de Jay, como le había recomendado Callowan, era la de permitir que los colonos obedecieran las instrucciones del Consejo Mundial, abandonando el Valle, sin que nuevas violencias se produjesen.

## CAPÍTULO VI



—Más que sonriente, Anderson estaba radiante. La mesa había sido servida con elegancia y, a través de los grandes ventanales de la tercera planta del edificio, podían verse las colinas, a unas millas, destacándose sobre el cielo luminoso de Venus.

—Me hubiera gustado acompañarle esta mañana —dijo Anderson, guiñando el ojo a David, pero sin dejar de mirar al joven—, pero el trabajo que estamos preparando urge mucho, sobre todo después de lo que desdichadamente nos lo ha retrasado, Jack asintió, sonriendo, a su vez.

—Lo comprendo perfectamente, señor Anderson.

Pero no tiene que excusarse: el señor Laing me acompañó, mostrándome todo, con mucha amabilidad.

Intervino David Brown, el ingeniero y superintendente de la Compañía que, en principio, se había quedado en la ciudad para solucionar los problemas técnicos de la primera fase:

—Fue una suerte que no se tocara nada, ¿verdad, señor Norris?

—Desde luego —replicó el agente de la SIP—. Así ha sido sencillo recoger los datos que necesitábamos para estudiar el caso.

—¿Encontraron restos humanos? —inquirió Anderson, con una sonrisa.

—Muy pocos, pero los necesarios para atestiguar que hubo víctimas. Los colonos van a pasar un mal momento.

—Lo siento por ellos —dijo George, con malicia e hipocresía—. No puede usted imaginarse, señor Norris, lo que nos hubiera gustado llegar a un franco y amistoso arreglo con ellos.

—Lo comprendo. Pero, después de lo que han hecho, no tendrán más remedio que someterse.

—¿Informará usted a la SIP?

—Hoy mismo. Luego iremos a visitar a los colonos, para obligarles a seguir las instrucciones de la Compañía.

David asintió.

Y con voz melosa, repuso:

—Nosotros, amigo mío, no deseamos aprovecharnos de nada, que quede bien claro. A pesar de la enormidad cometida por esa pobre gente, queremos mantener nuestras promesas de siempre: pagaremos bien las parcelas del Valle y dejaremos que los colonos elijan, con absoluta prioridad, las nuevas que serán convertidas en regadío.

—No esperaba menos de ustedes. Y ahora, con permiso, voy a preparar mi informe, ya que la SIP desea dejar solventado este asunto lo antes posible.

—Desde luego, amigo mío. Si necesita algo, ya nos sabe a su completa disposición.

—Muchas gracias.

El agente se dirigió hacia la estancia que le había sido destinada.

\* \* \*

Jay sacó el tractor del garaje, poniéndolo sobre el camino y haciéndolo avanzar a velocidad moderada.

Mirando a su alrededor, el joven comprendió el amor que los colonos sentían por el Valle.

Nunca había contemplado cosa igual.

Después del viaje que había hecho desde la ciudad, a través de las ásperas tierras que cubrían las tres cuartas partes del planeta, aquéllas donde se hallaba ahora constituían como el más maravilloso oasis que podría soñarse, un paréntesis de verdura, de frescor, de paz y de silencio.

Pero tenía que evitar el dejarse ganar por todo aquello, no olvidando que su misión era la de descubrir lo que ocurría allí. Fuera como fuese.

Al penetrar en la parcela de los Wilson y dirigir el tractor hacia el terreno que quedaba por labrar, vio los siluetas que se acercaban, parando el vehículo al ver que se dirigían hacia él.

No hizo falta que se presentase, ya que comprendió, enseguida, quiénes eran, sobre todo al ver la expresión de desilusión que se pintaba en sus rostros, al verle de cerca.

Sonrió.

—Me tomasteis por Tom, ¿eh amigos?

Uno de ellos, el más alto y fuerte, frunció el ceño.

—¿Quién eres y qué haces aquí?

—Me llamo Jay Stuard y soy nuevo. El señor Wilson me mandó a trabajar en su parcela. Vosotros debéis ser Charles y Frederic. ¿No es cierto?

—¿Cómo conoces nuestros nombres?

Los he oído. Todo el mundo sabe que vosotros fuisteis con Tom a volar las herramientas y la máquina de la Compañía.

Charles había palidecido.

—¡Eso es mentira! —exclamó, sin poderse contener.

Pero Fred, con un gesto; para hacer callar a su compañero y sin dejar de mirar a Jay, dijo:

—Calla, Charles. Ya es extraño que este tipo, que ha debido llegar hoy, sepa tantas cosas.

—No he hecho más que escuchar.

—¿A quién?

—¿Y eso qué te importa?

Frederic cerró los puños.

—Escucha, Jay, o como te llames. Hasta ahora, la gente del Valle hemos estado muy unidos y no consentiremos que nadie venga a separarnos..., ¿entiendes?

—Perfectamente. Pero yo también quiero que me oigas: yo creí

que los amigos eran para defenderse mutuamente, no para dejar que uno de ellos pagase por los demás.

Frederic dio un paso hacia el tractor.

—¡Voy a romperte los morros para que aprendas a no meterte donde no te importa!

Su mano derecha se había cogido al tobillo de Jay y éste sintió, de repente, que volaba por los aires, hasta aterrizar en el suelo, levantando una tremenda polvareda.

Pero no era de los que se asustaban por tan poca cosa.

Engañando a su adversario, dejó que Sanderson se acercase. Entonces, sus dos piernas se lanzaron hacia adelante, golpeando con los pies el pecho de Fred, que se había inclinado para seguir pegándole y que se vio lanzado, como por una poderosa catapulta, hacia atrás, cayendo cuan largo era.

Se incorporó velozmente, casi al mismo tiempo que el agente de la SIP. Y cuando iba a lanzarse sobre él, murmuró:

—¡Maldición a los que buscan la misma sangre que corre por sus venas!

La voz había sonado, solemne, junto al camino.

Jay se volvió, viendo a un hombre alto, seco, de facciones angulosas y con los ojos brillantes.

—¿Desde cuándo —tronó el recién llegado— se pelean las ovejas de un mismo rebaño? ¿Qué viento de locura les ha hecho olvidar la hermandad de sangre y de destino que les une?

Se acercó, clavando su aguda mirada en Jay.

—A ti —dijo— no te conozco. ¿Quién eres?

Stuard le dijo su nombre y que era un nuevo colono agregado a la misión que Sidney Wilson le había dado.

—Malos vientos corren ahora, hijo mío. Y has elegido un mal momento para venir a este rebaño. Pero yo, su pastor, sabré guiarlo por los caminos de la verdad y del bien...

Y como Jay no dijese nada, el otro se le acercó, tendiendo una mano huesuda, nervuda y de largos dedos.

—Me llamo Jones Napoleón, hijo mío. ¡Bienvenido seas a nuestro rebaño!

Jay estrechó la mano que le tendían.

Después, el «Visionario», mirando a Frederic y Charles, prosiguió:

—¿No podéis soportar ya el peso de vuestra conciencia, hijos? ¿Estáis tan hartos de responsabilidad que ya no resistís a la violencia, dejándoos llevar por ella?

—No es eso, Jones —dijo Fred—. Creíamos que era Tom, que había regresado. Pero éste nos identificó enseguida, llamándonos por nuestros nombres y demostrando que sabe demasiado para el poco tiempo que lleva aquí.

Jones sonrió.

—¿Es que no veis que es joven? ¿Habéis olvidado que Moora también lo es y que el dolor debe destilar de sus labios como amarga hiel?

—¿Quieres decir —inquirió Charles— que Moora le ha informado de todo?

—Así es —dijo Jay, deseando terminar aquella estúpida charla. Jones le miró.

—Pareces inteligente y decidido, hijo. Justo de la clase de hombres que necesita el Valle en estos momentos. Porque se acercan horas de lucha y de dolor. Los viejos están dispuestos a ceder; pero mientras me quede un poco de hálito, yo, junto a los jóvenes como vosotros, lucharemos porque este hermoso Valle no se vea cubierto jamás por las aguas.

—Será muy difícil —dijo Stuard.

—¿Por qué?

—Porque, por lo poco que sé, la ley está del lado de la Compañía.

—¡La ley humana! —rugió Jones—. ¡Pero la verdadera, la divina, está con nosotros! Si el Señor ha deseado que toda esta riqueza nos pertenezca a nosotros, sus pobres ovejas, nadie está autorizado a torcer sus designios sagrados.

—¿No van a darnos otras tierras?

Jones le fulminó con su mirada.

—¿Hubiese acaso, Moisés, cambiado la Tierra de Promisión por los palacios de los faraones? Ésta es nuestra tierra —y la golpeó con el pie— y en ella hemos de quedarnos hasta que se abra para cobijarnos...

No dijo nada más, alejándose rápidamente.

Jay le siguió con la mirada.

—¿Quién es ese hombre? —inquirió después, volviéndose hacia

los jóvenes.

—Ya lo has oído: Jones Napoleón. Nosotros le llamamos el «Visionario».

—¿Cómo llegó aquí?

Fue Charles quien contestó.

—A él le debemos todo esto, puesto que estaba en el Valle antes que nadie. Fue Jones quien denunció estas tierras, dirigiéndose al Departamento de Emigración y consiguiendo que fuéramos nosotros, sus hermanos de raza, los únicos autorizados a establecerse aquí.

—¿Y qué hacía sólo en el Valle?

—Llegó a Venus, creo que como cocinero, en una astronave, ya que no tenía dinero suficiente para pagarse el viaje. Fue, según nos ha contado en algunas ocasiones, la visión del pasaje, ya que llevaba consigo dos o tres maletas de libros raros. Y con ellas, a pie, arrastrándolas, vagó por el desierto, ayudado por dos negros más, que murieron después, hasta llegar al Valle.

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

—Unos dos años. Luego, consiguió traernos aquí.

—Es extraño. ¿No creéis que está un poco...?

Charles sonrió.

—Todos sabemos que no anda muy bien de la cabeza; pero le respe tamos y le queremos porque le debemos todo a él y es un verdadero fanático del Valle.

—¿Os impulsó a lo de la voladura?

—En cierto, modo. Aunque hubiésemos hecho lo mismo, sin que nos dijera nada.

—Lo comprendo. Esto es muy hermoso y debe costar mucho abandonarlo.

Miró a Fred, sonriéndole.

—¿Amigos? —dijo extendiendo su mano.

El otro se la estrechó, arborando una sonrisa, a su vez.

—¡Amigos!

—Dejadme ahora trabajar. No quiero que el señor Wilson diga, que empiezo mal el primer día. ¿Dónde os reunís cuando el trabajo termina?

—En mi casa —dijo Fred.

—Nos encontraremos allí.

—Desde luego. Mañana, según han anunciado, llegan los de la Compañía, acompañados de la policía. Así, al menos, podremos saber algo de Tom.

—Hasta luego.

Jay les vio alejarse; luego, de un salto, subió al tractor, poniéndolo en marcha...

\* \* \*

Penetraron los dos vehículos-orugas en la zona del Valle, avanzando lentamente hacia la casa de Sidney. Éste había ordenado el cese del trabajo aquella mañana, esperando la visita de los de la Compañía que, estaba seguro, traerían noticias decisivas para la colonia.

También había decidido Wilson que la totalidad de los colonos asistiese a aquella entrevista, ordenando, no obstante, que nadie interviniese en ella sin su permiso.

Se habían montado una serie de bancos, formando un semicírculo, con una mesa en el centro, para el Consejo de Familias y los visitantes. Una serie de altavoces permitirían escuchar las palabras de los presentes con toda claridad.

Se detuvieron los dos vehículos, descendiendo del primero Anderson, David Brown y el agente de la SIP. Los ocupantes del otro: Walter, Verne y Bill permanecieron en el coche, fuera del círculo de los colonos, que estaban sentados en sus bancos, en medio de un completo y respetuoso silencio.

Los tres hombres avanzaron, saludando, con una parca inclinación de cabeza, al Consejo de los colonos.

Y Anderson, señalando al joven que los acompañaba, dijo:

—Me permito presentarles al señor Jack Norris, agente de la Spacial International Police.

Nuevas inclinaciones.

Luego, a un gesto de Wilson, se sentaron todos.

—Les escuchamos, señores: pueden empezar —dijo Sidney, con la mirada opaca.

Anderson carraspeó antes de hacerlo.

—Señores colonos —dijo, después—: tengo la esperanza de que esta segunda visita al Valle sea mucho más fructífera que la

primera. Pera antes de empezar, deseo manifestar que la Compañía olvida, generosamente, todo lo ocurrido, situándose en una especial situación, como si nada hubiera pasado. No va a pedirse, por lo tanto, indemnización ni castigo alguno para los culpables...

—¡Un momento! —intervino Jack—. Comprendan que ése es el punto de vista de la compañía; pero, habiéndose hallado restos humanos entre los de la explosión, la SIP no puede pasar por alto la muerte de dos hombres, aunque la Ley tenga que dictar sentencia, en última instancia, especificando si se trata de un homicidio por imprudencia o un asesinato. Y, desde ahora, debo manifestar que me inclino hacia lo primero, por los datos que poseo. Pero, de todos modos, si he venido aquí, es para rogar que los culpables me sean entregados.

Sidney frunció el entrecejo.

—¿No tienen ustedes uno que ha manifestado ser el único responsable de lo ocurrido?

Anderson y David se miraron, mostrando una extrañeza completa.

—¿Nosotros? ¿Qué quiere decir?

Y entonces, uno de los miembros del consejo, poniéndose en pie, trémulo de gestos, inquirió:

—¿Qué es esto? ¡Yo les entregué, personalmente, a Tom Wilson, el hijo de nuestro presidente, que confesó ser el culpable!

—¡Eso no es verdad! —rugió Anderson.

—¡Un momento, señores! —dijo Jack, poniéndose en pie y extendiendo las manos. —Así no llegaremos a ninguna parte. Veamos— agregó, una vez conseguido el silencio—. Usted, señor..., ¿cómo se llama?

—Jim Crellin.

—Hable.

—Sí. Yo entregué, a uno de los hombres que hay en el otro coche, al joven Tom para que la Compañía lo pusiese en manos de la policía, ya que deseábamos demostrar que estábamos al lado de la ley.

—De acuerdo. ¿Quiere señalar al hombre al que dice usted entregó a ese joven?

—Aquél.

Jack se volvió.

—Haga el favor de venir aquí, Walter.

El ex boxeador obedeció.

—¿Qué tiene usted que decir, Walter Laing, respecto a la entrega de ese prisionero que debía ser puesto en las manos de la policía?

—¡Que es una completa mentira! Nadie me entregó a nadie...

—¡Pero esto es horrible! —gritó el viejo Jim Crellin.

—¡Un instante! —terció el agente de la SIP—. Pongámonos de acuerdo. Cuando usted entregó al joven Tom Wilson, ¿le dieron un recibo conforme lo había hecho?

—No...

—Entonces, amigo mío, tenemos su palabra contra la de este hombre.

—¡Pero yo tengo como testigos, a todos los colonos!

—¡Eso es otra maniobra suya! —rugió Walter.

Jack consiguió, no sin dificultad, un poco de silencio.

—Lamento decirles que sin una prueba escrita o de un testigo neutral, no puedo dar crédito a la afirmación del señor Crollin —dijo, volviéndose a los colonos.

Hubo un silencio profundo.

Sidney había bajado la cabeza, como si fuese incapaz de soportar el peso del dolor y de la desesperanza que caía sobre sus espaldas.

—Demos por acabado este asunto —dijo con voz trémula— y pasemos al siguiente. ¿Es que han traído los documentos de cesión de los terrenos del Valle?

Anderson se pasó la lengua por los labios.

—Sí —musitó.

—Démelos —dijo el viejo negro—. Vamos a firmarlos.

Ni George ni David daban crédito a lo que estaban oyendo. Pero el primero, abriendo la cartera que llevaba, sacó los documentos.

Y la voz tonante de Sidney, se dejó oír:

—¡Colonos! ¡Vamos a firmar! Ya no hacemos nada aquí. Pero si hay alguien que piense lo contrario, puede quedarse bajo su absoluta responsabilidad.

No hubo nadie que dijese nada.

La firma de los documentos, por los cabezas de familia, fue hecha con rapidez, a cambio de los cheques y la cesión de tierras en las nuevas zonas.

El Valle sería inundado.

Una vez terminada la cesión legal, Jack, cuando los documentos estuvieron en la cartera de Anderson, que éste estrechaba amorosamente sobre su pecho, dijo:

—Yo, señores, voy a quedarme. Déjenme uno de los vehículos. He de terminar aquí mi misión, buscando a los culpables.

—¡No hace falta!

Charles y Frederic se habían puesto en pie, avanzando hacia el centro del círculo que dibujaban los bancos.

—Nosotros fuimos, con Tom Wilson, los que volamos la máquina y los barracones de la Compañía.

—Muy bien. De todas maneras —dijo Norris— voy a quedarme con ellos. Quiero interrogarles aquí.

Anderson se acercó a él.

—¡Sea clemente con ellos, señor agente! —inquirió en voz baja—. No olvide que la Compañía desea borrar ese incidente desdichado. ¡Queremos olvidarlo todo!

Jack le miró fijamente, sonriendo.

—Eso dice mucho de la Compañía, señor Anderson. Pero la SIP no olvida nunca.

## CAPÍTULO VII



Después que los hombres de la Compañía hubieron abandonado el centro del Valle, Jack, acompañado por los dos jóvenes negros, se dirigió hacia el campo, eligiendo un lugar tranquilo, junto a una de las parcelas, donde tomó asiento, sobre la hierba, invitando a los otros a que le imitasen.

—Os he traído aquí —dijo cuando hubo encendido un cigarrillo— para preguntaros dónde está Tom.

Los dos amigos le miraron con no poco asombro.

Y Fred, frunciendo el ceño, contestó:

—Tom se entregó al Consejo y el viejo Crellin se lo llevó hacia las colinas, entregándolo a los hombres de la Compañía.

—¿Podríais jurar que Tom llegó a la Compañía?

Hubo un silencio.

—No, no podríamos jurarlo —dijo Charles.

—¡Estúpido! ¿Crees tú que Jim puede mentir? —contestó a su

vez, Fred.

Burke meneó la cabeza.

—No lo sé, Fred. En realidad, no comprendo nada.

Por su parte, Norris reflexionaba profundamente. Tampoco él entendía una sola palabra de aquello, aunque sospechaba que Tom, a pesar de haber caído en manos de los de la Compañía, había logrado huir.

Y que Anderson, al haberlo perdido de aquella manera, pensaba que era mucho mejor negar el que se lo hubieran presentado.

Estaba claro que la Compañía había querido aprovechar hasta el máximo la voladura de las herramientas y de la máquina, así como la muerte de los dos guardianes.

Cansado, Jack se dijo que, por el momento, había conseguido llevar su misión por el camino que le habían encomendado y que la evacuación de los colonos iba a ser un hecho, puesto que habían firmado, sin excepción, las actas de cesión, evitando así la existencia de nuevas violencias.

Miró a los jóvenes.

—Id a vuestras casas —dijo después— y coked la ropa necesaria para el viaje.

—¿Iremos lejos? —preguntó tímidamente, Charles.

—A la Tierra. Sé que puedo fiarme de vuestra palabra y que no me haréis buscaros por aquí. En realidad, si no volviéseis, no podríais ir muy lejos —dijo después de una corta pausa.

Fred se mordió los labios y preguntó:

—¿Cree usted que nos hemos entregado para huir ahora? Queremos ser juzgados por lo que hemos hecho, ya que estamos convencidos de que ningún tribunal puede imputarnos un asesinato.

Norris sonrió.

—Desde luego, muchacho. Puedes estar seguro de ello. El tribunal os juzgará por homicidio y por imprudencia. De eso no me cabe la menor duda. ¡Andad y preparad vuestras cosas! No me moveré de aquí.

Se alejaron los dos jóvenes y el agente de la SIP encendió un nuevo cigarrillo.

Esperaba.

No tuvo que hacerlo mucho, ya que no tardó demasiado en oír un suave ruido a su espalda. No obstante, no se movió y esperó que

la voz del otro llegase hasta él:

—¿Cómo ocurrió?

—¡Hola, Jack!

—¡Hola, Jay!

—No te vuelvas. Estoy tendido en el suelo y cubierto por las hierbas. No conviene que nos vean juntos.

—Desde luego.

Hubo una pausa; luego, el agente negro, inquirió:

—¿Hay algo de nuevo?

—No. Todo parece seguir la línea que habíamos previsto.

—¿Y qué me dices de Tom?

—Tenemos que encontrarlo, Jay. Abre mucho los ojos. Porque estoy seguro que anda rondando por aquí.

—¿Qué te hace creer eso?

—Verás, En las oficinas no está. Anoche, cuando todos dormían, recorrí el edificio, desde la terraza hasta el sótano, sin encontrar huellas de ese muchacho. Yo supongo que debió escaparse y que Anderson ha preferido ignorarle, temeroso de tener que dar la razón a los colonos.

—Desde luego —dijo Jay— es una verdadera pena que se tenga que inundar este Valle.

—Ya lo sé. También yo, por lo poco que he visto, me he dado cuenta de que es una verdadera maravilla; pero, amigo mío: nuestra misión es obedecer las instrucciones de la Central que, en este caso, coinciden con la ley, que está totalmente al lado de la Compañía.

—Tienes razón.

—Respecto a los dos muchachos que se han entregado, creo que saldrán bien librados, ya que no son asesinos vulgares y obraron movidos por una pasión que el tribunal no puede dejar de comprender.

—Son buena gente, Jack. Lo que ocurre es que estaban excitados y, además, Jones influyó en su decisión.

—He oído hablar de él. ¿Quién es ese tipo?

—Un hombre medio loco al que no comprendo aún del todo.

—¿No crees que él sepa dónde está Tom?

—No es una mala idea. Ya veré lo que puedo hacer a ese respecto.

—Comprenderás que la única cosa que nos falta para dar por

terminada esta misión es encontrar a ese muchacho.

—Eso es. Una vez Tom en nuestro poder, ya estará todo arreglado.

Hubo una pausa.

—¿Necesitas algo, Jay? —inquirió Jack.

—Nada. Muchas gracias, amigo. Ahora voy a irme. No creo que tengamos que cambiar nuevas impresiones. En cuanto Tom caiga por aquí, me iré con él hacia las oficinas. ¿Entendido?

—Entendido. Vigila bien que la evacuación se haga como Dios manda.

—Todo irá sobre ruedas, Jack. Una vez firmados los documentos, nada ocurrirá. Esta gente es buena, en el fondo.

—Ya he podido darme cuenta.

—¡Hasta la vista!

—Adiós.

El ruido volvió a repetirse, perdiéndose poco después, hasta desaparecer por completo.

\* \* \*

—¡Ha sido un triunfo rotundo! —exclamó David.

Anderson sonrió.

—Nunca creí que las cosas fueran a ser tan sencillas, Brown —dijo Anderson.

—Ahora ya no habrá dificultades de ninguna clase —prosiguió diciendo y acariciando la cartera que llevaba sobre las rodillas.

—Podemos estar satisfechos.

—Desde luego.

El vehículo, con los cinco hombres. —Walter iba al volante junto a Verne y Bill; Anderson y David ocupaban el asiento trasero—, estaba saliendo del valle y empezando a subir, lentamente, la áspera pendiente donde empezaba el camino que se dirigía hacia el otro lado de las colinas.

David rompió el silencio que se había hecho:

—Hicimos muy bien —dijo—, preparando las cargas en la parte interna del manantial. Tú decías que debíamos esperar...

—¿Quién iba a creer que firmasen los documentos tan pronto?

—Lo sé. Pero el montaje de los explosivos nos ha adelantado

mucho y ahora no tenemos más que esperar que hayan terminado de evacuar para hacer que el agua llegue al valle.

—¿No entrará de golpe, verdad?

—Sí, aunque no se notará, sobre todo al principio. Puede decirse que el nivel será, el primer día, de unos cinco centímetros, de treinta el segundo, de un metro el tercero y de más de dos metros el cuarto.

—¿Tan rápido?

—Es natural —explicó el otro—. Tienes que tener en cuenta que durante las primeras veinticuatro horas, el agua aun llegando en la misma cantidad que los días que sigan al primero, será absorbida, en cierto modo, por las capas permeables del suelo.

—Entendido.

—Pero, a partir de la saturación que se producirá, el nivel subirá con toda rapidez, sobre todo si piensas que la explosión del manantial, dando salida a la reserva total de agua, se producirá al mismo tiempo que la otra explosión, la que cerrará la salida sur del valle.

—¿Y qué altura de agua conseguiremos?

—Unos diez metros.

—Es suficiente.

—Puedes creerlo.

Anderson sacó un paquete de cigarrillos, ofreciendo uno a David. Pero, en el mismo instante en que éste lo iba a encender, el coche frenó, brutalmente.

—¿Eh?

No tardaron en darse cuenta.

Un grupo de colonos, todos ellos jóvenes, armados con rifles y escopetas, rodeaban al vehículo, justo en una curva cerrada en la que el conductor se había visto obligado a aminorar la marcha.

Los colonos apuntaban al coche y no había posibilidad de hacer nada.

Así, cuando Walter, con los ojos incendiados de cólera, se volvió hacia Anderson, mirándole, esperando una orden para sacar la pistola, George, precipitadamente, le ordenó:

—¡Estate quieto, estúpido! Vamos a ver, primero, lo qué quieren.

Abrió la portezuela, sin moverse del asiento.

—¿Qué queréis? —inquirió.

Fue entonces cuando vio al hombre alto, huesudo, de largos y membrudos miembros, con los ojos brillantes y la frente amplia.

—¡Alto, hijos del mal! —les gritó, acercándose, cubierto por las armas de los otros—. ¡Descendientes de Satanás! ¡Alto!

—Ya nos hemos detenido —dijo Anderson, asombrado por el aspecto y los gestos de aquel hombre—. ¿Qué es lo que quieres?

—¡La verdad!

Anderson preguntó:

—¿Qué verdad?

—No hay más que una, miserable, aunque sé que vosotros tenéis muchas. Mi verdad se llama Tom Wilson.

—¿Qué quieres decir?

—¡Eres tú quien ha de hablar! —Estaba junto a la portezuela—. ¿Dónde está el joven Tom?

—Nunca le vi en mi vida.

—¡Mientes! ¡Deberían salir las palabras de tu boca como serpientes de su nido! ¿Dónde está Tom?

—¡Te digo que no lo sé! Nunca vi a ese muchacho.

No pudo evitar el gesto de Jones, el «Visionario», porque no lo esperaba. El negro estiró el brazo, apoderándose de un tirón de la cartera que Anderson tenía sobre las rodillas.

—¡Dame eso!

Jones dijo:

—Te lo daré, pero has de devolverme antes al joven Tom.

—¡Pedazo de imbécil! ¿No te das cuenta de lo que estás haciendo? La policía te cazarán, aunque te ocultes en lo hondo de la Tierra. Tenemos un testigo que sabe que se nos han entregado esos documentos firmados... de nada te servirá tenerlos.

—Ya te he dicho que nada me importan estos documentos. Devuélveme a Tom y te los daré. ¡Ni siquiera abriré la cartera!

—¡Eres un loco!

—Puede ser; pero tú eres un malvado...

Anderson estaba rojo de cólera.

—¿Crees, acaso —inquirió con voz ahogada, que va a servirte de algo esa cartera?

—¿Y Tom?

—¡Vete al infierno! ¡Vamos, Walter!

El ex boxeador dudó.

—Pero...

—¡Adelante, idiota! ¡Aquí no hacemos más que perder el tiempo!

El coche se puso en marcha, haciéndose los colonos armados a un lado.

Durante los cinco primeros minutos de marcha, ni Anderson ni Brown despegaron los labios.

—¡Qué mala suerte! —exclamó después, no pudiendo más, David.

—No te importe. Hemos sido demasiado idiotas al pensar que las cosas iban a pasar de una manera tan normal; pero no importa.

—¿Qué quieres decir?

—Pronto lo verás...

Y después de una corta pausa, dijo:

—Ya has oído lo que he dicho a ese maldito negro: tenemos un testigo precioso, de primera calidad, un agente de la SIP cuya palabra vale mucho más que la de todos los negros reunidos.

—Pero..., ¿y los documentos?

—Ya los devolverán, no te preocupes. El agente está plenamente convencido de que jamás hemos visto a ese Tom de todos los diablos. Y cuando le digamos lo ocurrido, montará en cólera y bajará al Valle para recuperar la cartera. ¡A él no se la negarán!

—Perderemos un tiempo precioso.

Anderson lanzó una carcajada.

—¿Perder tiempo? ¡Ya hemos perdido bastante!

—¿Qué quieres decir?

—Ahora lo verás.

El vehículo llegó, una hora más tarde, a la oficina.

Y una vez en el despacho, Anderson, después de encender un cigarrillo, llamó a sus hombres, encabezados como siempre por Walter.

—Escucha, Laing —dijo—: ve a los dispositivos que hemos preparado estos días, en compañía del señor Brown, y haz saltar todas las cargas.

David se puso en pie, de un salto.

—¡Un momento, Anderson! ¿Sabes lo que vas a hacer?

—Perfectamente: hacer saltar la salida del agua y cerrar el Valle

por el sur.

—Pero esa gente...

Anderson gritó:

—¡Que salga como pueda! ¡Ya he tenido bastante paciencia!

—Pones a la ley en contra nuestra.

—No lo creas. Cuando el de la SIP nos pregunte quién ha hecho saltar los dispositivos, tengo ya preparada la respuesta y el personaje.

—¿Quién?

—¡El famoso Tom! ¿No quieren tener noticias de él? ¡Pues se las enviaremos en forma de miles de toneladas de agua!

—Pero tú sabes...

—¡Basta, David!

—¡Cumplid mis órdenes! ¡En seguida!: —ordenó mirando a los otros.

—Sí, señor...

\* \* \*

En el coche que le habían dejado los de la Compañía, Jack regresaba con los dos detenidos en la parte posterior, camino de las colinas.

—No quiero que os preocupéis demasiado —les decía—. Todo se arreglará.

Fue Charles quien contestó:

—No es por nosotros por quien estamos preocupados, señor, sino por nuestras familias.

—¿Por qué? Cuando volváis, los encontraréis como siempre, instalados en las nuevas parcelas, mucho más extensas que las de ahora.

—Nunca será lo mismo.

—¿No?

Fred que había guardado silencio hasta aquel momento, no pudo más, estallando:

—¿Nos toma por idiotas, policía?

—No te comprendo, Fred.

—¡Claro que no comprende! ¿Cómo quiere entender de una cosa que desconoce por completo?

—Si hablastes más claramente...

—Se lo diré: la tierra que hay fuera del Valle no sirve para nada.

—Ahora.

—¡Y siempre! Jamás será de la misma calidad que la de nuestras actuales parcelas. ¿Cree, acaso, que no intentamos algo con esa maldita tierra de fuera? Ni sumergida en el agua, día y noche, dará nada. Y por eso nos preocupamos. Porque estamos seguros de que si algún día volvemos aquí, sólo encontraremos dolor y miseria.

—No puede ser. El Consejo Mundial, al autorizar la construcción de la presa y del embalse, ha debido recibir una información, con muestras de tierra que habrán estudiado en los laboratorios.

—¡Bah! No puedo creer que se hayan tomado tantas molestias.

—Estás equivocado, muchacho.

—¡Ojalá fuese así! Pero yo he tenido en la mano la tierra de fuera del Valle y sé lo que me digo.

—Ya verás cómo quien tiene razón soy yo.

Estaban a mitad de la pendiente cuando una explosión horrrisona hizo temblar el aire.

—¿Qué es eso?

Una nueva explosión sonó, lejos, a sus espaldas, en la parte sur.

Fred sonrió tristemente.

—¡Pobre Valle! —exclamó—. Inundar esta maravillosa tierra es el mayor crimen que he visto jamás. Pero la justicia sólo se entretiene en juzgar a pobre gente como nosotros. Los autores de ese atentado contra la naturaleza, quedarán impunes... ¡Qué asco!

Jack no dijo nada.

Mirando de reojo hacia la verdura del Valle, sintió, sin poderlo remediar, una punzada en el pecho. Como si aquello fuese algo suyo y pudiera experimentar lo mismo que sentían los dos jóvenes.

## CAPÍTULO VIII



Despertó Jay con una sensación extraña, como si tuviera la seguridad de que algo raro estaba pasando. La habitación que Tom seguía ocupando, estaba ya bañada por el sol que entraba, a raudales, por el amplio ventanal.

No obstante, un silencio completo reinaba en la casa.

Saltando del lecho, el agente de la SIP pasó a la ducha, vistiéndose rápidamente. Luego salió de la estancia bajando por las escaleras hasta el salón, en la planta baja.

Moorá estaba allí.

La joven preparaba la mesa para servir el desayuno, dando la espalda, a Stuard, que la contempló así, durante unos instantes, antes de decir en voz baja, para no asustarla:

—Buenos días, señorita.

Ella se volvió, sobresaltada, con expresión de susto. Pero una sonrisa apareció enseguida en sus hermosos labios.

—Buenos días, Jay.

No le extrañó que le llamase por su nombre, ya que había comprendido desde el principio la camaradería que reinaba entre los colonos, sobre todo en los jóvenes.

—¿Y sus padres?

—No se han levantado aún.

Jay se sentó a la mesa, encendiendo parsimoniosamente un cigarrillo.

Luego, sin dejar de mirar a la joven, que sacaba los tazones del aparador estilo antiguo, inquirió:

—¿Hay noticias de la evacuación?

—No sé. ¿Oyó usted las explosiones de ayer, verdad? —inquirió ella, a su vez.

—Sí. Todo el mundo las oyó. Pero no creo que eso tenga mayor importancia. Debe significar, sencillamente, que la Compañía prosigue sus trabajos.

—No sé...

Jay se dio cuenta de que ella le ocultaba algo.

Y decidido a salir de dudas, se levantó, acercándose a la muchacha.

—¿Ocurre alguna cosa, Moora? —inquirió mirándola a los ojos.

Ella no pudo resistir más y se echó en sus brazos, sollozando con fuerza. Apretándola contra su pedio, el joven experimentó una sensación rara, equívoca y deliciosa a la vez.

Estuvieron así durante un buen rato. Luego, Moora levantó la cabeza, separándose de él y enjugándose los ojos con un pañuelo que había sacado de su bata.

—Están inundando el Valle —dijo.

Stuard frunció el entrecejo.

—¿Inundando el Valle? —inquirió, no dando crédito a lo que acababa de oír.

—Sí.

Stuard preguntó:

—¿Cómo lo sabe?

Moora no contestó, por el momento, dirigiéndose hacia la puerta, donde se detuvo.

—Venga —dijo después.

Obedeció el agente, abriendo la puerta y asomándose al exterior.

Ella estaba a su lado.

Vio entonces Jay que la muchacha no se había equivocado. El agua corría ya, sobre la tierra, llegando justo al borde de la escalinata que, hasta el momento, había protegido la casa.

—¿Cómo es posible? —se preguntó en voz alta.

—Debió ser por las explosiones de ayer. Una vez que se llevaron los documentos firmados, ya poco les importa darnos tiempo para llevamos nuestras cosas —repuso Moora.

—Pero...

—Se dieron cuenta de que papá estaba completamente vencido. Desde la desaparición de Tom, padre no ha sido el mismo y todos sabemos que esto le costará la vida. No oponiéndose nadie, obran a su antojo, como dueños y señores que son.

—¡No puede ser! ¡No puedo consentir este atropello!

Se volvió hacia ella, mirándola con una intensidad como no lo había hecho aún.

—¿Está el coche de su padre en el garaje?

—Sí.

—Voy a cogerlo e iré inmediatamente a la Compañía. ¡Van a oírme esos granujas!

—No podrá hacer nada, Jay. Ellos son los fuertes.

—¡Ya lo veremos!

Y echó a correr, pisoteando la zona inundada ya, hacia el garaje.

—¡¡Jay!!

La voz de la muchacha y sobre todo su tono le hizo detenerse, volviéndose. Ella había marchado, corriendo, tras él. Y ahora, a su lado, le miraba de una manera extraña.

—No se vaya, Jay... —suplicó.

—Debo hacerlo. Hay que hacer que detengan, como sea, la inundación. ¿No se da cuenta de que si esto sigue así, tendrán que abandonar todo lo que poseen?

—Tengo miedo.

No tuvo más remedio que cogerla en sus brazos.

Y cuando sus labios se posaron sobre los de la muchacha, comprendió la clase de sentimientos que, desde el principio, había sentido por ella.

—¡Moora!

—¡No te vayas, querido! Me siento muy sola, tremendamente sola. Y temo por mis padres. Están deshechos y no podrán

reaccionar. Tom ya no está aquí y... si tú quisieras... podrías sustituirle...

—¡Claro que quiero, amor mío! Por eso mismo he de ir a frenar la inundación. ¡Lo conseguiré, no te preocupes! Algún día te diré muchas cosas que te sorprenderán. Pero, por ahora, cree en mí... ten confianza en lo que voy a hacer.

—La tengo, Jay. Pero también la tenía en Tom y desapareció.

—Ya lo tendrás de nuevo a tu lado, querida. Tom aparecerá y tus padres volverán a ser felices.

Sé desprendió de ella, un poco a la fuerza, besándola repetidas veces.

—Vuelve a casa y no te muevas de allí. Regresaré enseguida.

—¡Sé prudente!

—No temas. Hasta ahora...

Corrió hasta el garaje, sacando, momentos después, el coche de los Wilson. Por el camino que conducía directamente a la colina, apretó el acelerador, observando cómo las ruedas levantaban el agua, en forma de abanico, por ambos lados.

—¡Canallas! —No pudo por menos de decir.

No le gustaba, en absoluto, el cambio que había experimentado la conducta de la Compañía. Y no llegaba a comprender cómo Jack podía haber consentido que Anderson y David empezaran a inundar el Valle antes del plazo que legalmente, debían haber concedido a los colonos.

Iniciaba la subida hacia la colina cuando oyó silbar la primera, bala. El proyectil había pasado cerca del vehículo, yendo a estrellarse en la zona inundada.

Miró a su alrededor, sin ver nada.

Había disminuido, automáticamente, la marcha del vehículo. Pero volvió a acelerar, sin perder de vista los alrededores, cubiertos de espesos y altos juncos.

La segunda bala penetró en el guardabarro derecho. Y, al mismo tiempo, una voz fuerte se dejó oír.

—¡Para o tiramos al parabrisas!

Jay frenó en seco.

Dos jóvenes colonos, armados de rifles, aparecieron en la parte alta del camino, surgiendo, casi inmediatamente después a su lado, la espigada silueta del «Visionario».

Jones avanzó hacia el coche, deteniéndose a media docena, de metros del parachoques.

Sus ojos brillaban como siempre, quizá con una luz más peligrosa que de costumbre.

—¿Dónde ibas, Jay?

—A ver a los de la Compañía.

Jones preguntó:

—¿Para qué?

—Para enterarme de por qué han empezado a inundar el Valle y obligarles a interrumpir la inundación.

Jones lanzó una carcajada.

—Todo eso está muy bien —dijo luego, bruscamente serio—, pero me gustaría saber cómo un tipo como tú, que acabas de llegar al Valle, te preocupas tanto por nuestros asuntos.

—¿Es extraño que ame al Valle, tanto como tú?

—Mucho. Apareciste en un momento raro, justo cuando las cosas empezaban a ir mal para nosotros. ¿Quién eres, en realidad, Jay Stuard?

—Un colono como éstos.

—¡No te creo! Tú...

Pero no siguió.

Alguien gritó, desde la parte de arriba del camino:

—¡Se acerca un coche. Jones!

El «Visionario» se volvió, haciendo un gesto. Pero fue bastante tardío, ya que el vehículo apareció en lo alto de la curva.

Lo conducía Jack.

Otro grupo de colonos, apuntando con sus rifles, habían obligado a Norris a detenerse. Y el blanco saltó del coche en cuanto hubo frenado.

Miró a su alrededor y viendo a su compañero, sin poder contenerse, inquirió:

—¿Qué diablos ocurre, Jay?

Una sonrisa de triunfo apareció en los labios del «Visionario».

—¿Se conocen, eh?

—¡Ha empezado la inundación! —anunció Jack—. Ese demonio de Tom hizo saltar las cargas preparadas.

Jones Napoleón frunció el entrecejo.

—¿Tom? ¿Ha hecho eso? ¡Mentira, malditos!

—¿Quién eres? —preguntó mirando a Jay—. ¡No me obligues a decir a mis muchachos que te llenen las tripas de plomo!

Jay vaciló.

—Yo...

—¡Diles la verdad, Jay! ¡Es un agente de la SIP! —intervino Jack.

Jones lanzó una carcajada.

—¡Traidor! —rugió frenético—. ¡Traidores! ¡Estáis vendidos a la Compañía!

¡Fuego! ¡Matadlos!

Stuard no lo pensó dos veces.

—¡Cuidado! —gritó a su amigo.

Y se lanzó fuera del coche, rodando por la pendiente.

Las balas silbaron con furia a su alrededor. Encogiéndose sobre sí mismo, sin dejar de rodar, el agente negro de la SIP se dijo que su amigo había cometido un grave error al revelar su personalidad.

Como estaban las cosas, los ánimos de los colonos tenían que inclinarse, necesariamente, contra la SIP, que para ellos representaba el apoyo de la policía y la ley a las pretensiones de la Compañía.

¿Así que había sido Tom el autor de la voladura de las cargas?

No se rendirían fácilmente los colonos y estaban dispuestos, por lo mismo, a luchar hasta el último momento.

Las balas dejaron de silbar peligrosamente cuando Jay cayó al fondo del barranco. Incorporándose, se alejó corriendo de aquellos parajes, deseando que Jack hubiese tenido tanta suerte como él.

Todavía sonaban disparos en lo alto del camino, pero no podía hacer nada y acercarse hubiese sido un verdadero suicidio.

Se dirigió hacia el interior del Valle.

El agua le llegaba ya casi a la rodilla. Y era aquello, precisamente, lo que le preocupaba, ya que si la inundación continuaba, la evacuación de los enseres y de la valiosa maquinaria de los colonos iba a ser imposible.

¡Maldito «Visionario»!

Era él, había sido él, desde el principio, quien despertó el espíritu de rebeldía y violencia en los pacíficos colonos que, tratados con suavidad, no hubieran planteado tan serios problemas.

Cuando llegó a la casa de los Wilson, Sidney estaba en la puerta,

contemplando las aguas que circulaban ante él, cada vez más potentes y tumultuosas.

Jay se acercó al hombre.

—¡Hay que apresurarse, señor! Tenemos que sacar todo antes de que sea demasiado tarde.

Wilson se encogió de hombros.

—Es igual —dijo, con voz neutra—. ¿Qué puede importarnos lo que suceda?

—¡No diga eso! Hay en el Valle mucha riqueza en enseres y máquinas de trabajo. ¡Tenemos que sacarlos de aquí!

Y en aquel instante, una voz resonó a sus espaldas:

—¡No hagas caso, Sidney! ¡Es un traidor! ¡Un amigo de la Compañía!

Jay se volvió, viendo aparecer a dos jóvenes colonos, armados de rifles.

Sin pensarlo dos veces echó a correr. El aire de las balas silbó cerca de su cabeza; pero, por fortuna, los macizos de flores que rodeaban la casa se lo tragaron en un abrir y cerrar de ojos.

No corrió mucho más, prefiriendo quedarse allí. Así pudo oír lo que los jóvenes decían a Wilson:

—¡No hay evacuación, Sidney! ¡Nos quedaremos aquí para demostrar a esa gentuza que preferimos morir antes de abandonar el Valle!

—Todo es igual ya...

—Prepararemos barcas, en su tiempo, para sacar a las personas. Pero todo lo demás quedará aquí. ¡El Valle nos pertenece!

—Ya no.

—¡Sí! ¡Nos hemos apoderado de los documentos que firmaron ustedes!

—¿Quién ha hecho eso?

—El «Visionario».

—Mal hecho.

—¿Por qué?

—Porque nunca ganaremos la partida. Son muy fuertes. Se llevaron a mi Tom... para siempre.

—No. Tom ha sido quien ha hecho saltar las cargas que han provocado la inundación.

Sidney miró al joven, con los ojos dilatados por el horror.

—¡No! —gritó desesperadamente—. ¡No es posible! ¡Mi hijo no ha podido hacer eso! ¡Ama el Valle como nosotros y sería incapaz de hacernos este daño irreparable! ¡No puede ser!

—¿No comprende que si lo ha hecho ha sido para asegurar nuestra victoria?

—¡No! El Valle es demasiado hermoso para destruirlo por una mísera victoria que, después de todo, no serviría para nada.

Jay había oído todo. Y se disponía a alejarse cuando el viejo Wilson:

—¿Por qué has llamado traidor a ese muchacho?

—¡Es de la SIP, de los que defienden a la Compañía como el otro! ¡Lástima que se escapasen los dos cuando disparamos sobre ellos! ¡Pero a éste lo cazaremos, tarde o temprano!

—¿Estáis locos? Si atacáis a los agentes de la SIP, ya no tendremos esperanza alguna...

—¡Están de acuerdo con la Compañía! ¡Han debido venderse a ella!

—¿Has perdido la razón? ¡Los agentes de la Spacial International Police no se venden!

—¡Éstos sí! Ya verá usted, cuando envíen otros, cómo se descubre el cohecho.

—¡No quiero oír nada más! ¡Fuera de aquí!

—Como quiera, Wilson. Si se pone así, no le mandaremos barcas para salir del Valle.

—No me importa. Después de todo lo que ha pasado, la muerte será una verdadera liberación.

Se alejaron los jóvenes y Jay hizo lo mismo.

Tenía un proyecto.

Uno solo:

Buscar a Jones Napoleón, el «Visionario», y tener una larga y fructífera conversación con él.

Porque, a pesar de no tener aún ideas claras, parecía como si una idea se fuera metiendo en su mente...

Una idea absurda, rarísima..., pero que cada vez tenía más visos de verisimilitud.

Alejóse, meditando, diciéndose que si aquélla era la verdad, u otra semejante, todo tendría una satisfactoria explicación.

Aunque no sabía todavía cuál.

El agua seguía subiendo.

## CAPÍTULO IX



manecía...

Jay había pasado la noche en las cercanías de la casa de Jones, pero todas sus esperanzas se habían venido abajo, ya que si bien Napoleón retomó a su domicilio, lo hizo en compañía de los jóvenes exaltados que formaban su pequeño ejército.

De todas formas, de los seis que habían entrado con el «Visionario», tres salieron antes del amanecer, quizá para relevar a los que hacían guardia en el camino de la colina.

Si los otros tres saliesen...

La luz encendida durante toda la noche en la casa de Jones demostró al agente que sus ocupantes no dormían, discutiendo, seguramente, el plan que estaban elaborando para defender, a su modo absurdo, el Valle.

La situación no podía ser más paradójica.

Por una parte, robados los documentos de cesión a Anderson, la Compañía se encontraba en una posición difícil, ya que legalmente

no podía ocupar aún el Valle ni convertirlo en pantano. Por otra parte, el acto de locura cometido por el prófugo Tom, al hacer saltar las cargas, había precipitado los acontecimientos, poniendo en peligro no sólo las riquezas y las propiedades del Valle, sino incluso la vida de sus habitantes.

Durante la noche, el nivel de las aguas había seguido su ascensión, y cuando Jay se decidió a bajar del árbol donde había permanecido, dióse cuenta de que el líquido pasaba ya de su cintura.

No se atrevió a moverse del lugar que había elegido, con la esperanza de poder entrar en la casa de Jones en cuanto éste se quedase solo.

Tenía la intuición de que tal cosa iba a ocurrir y, paciente, esperó el momento.

Poco después de amanecer, dos más de los jóvenes armados salieron de la mansión del «Visionario», alejándose hacia más allá de la verja, donde acababa de aparecer una barca.

La silueta escuálida de Jones se dibujó en el marco de la puerta.

—¡Podéis empezar la evacuación! —gritó—. Sacad a las familias, empezando por la parte norte, ya que el nivel de las aguas es más alto allí.

—¿Adónde las llevamos?

—Al sur. En las colinas podrán esperar tranquilamente.

—¿Y los Wilson? ¿Siguen negándose a ser evacuados?

—No, sólo eso. El viejo Sidney debe haberse vuelto loco. Cuando nos hemos acercado anoche, nos ha amenazado con su rifle, desde la ventana.

—¡Que se vaya al diablo!

—¿Le dejamos entonces en el Valle?

—¡Sí! Esperad un momento; Peter va a acompañaros. Y no olvidad que quiero las barcas al otro lado, junto al camino de las colinas, para impedir, sea como sea, que se acerque nadie al Valle.

—¡Entendido!

El otro joven se dirigió hacia la barca. Y Jay sonrió, al ver que sus predicciones se habían cumplido.

¡Al fin se hallaba Jones solo!

La barca se alejaba ya cuando un rumor hizo que sus ocupantes levantaran su cabeza hacia el cielo.

Jay les imitó.

Un helicóptero volaba sobre el valle. Sus motores batían el espacio y el aparato; a regular altura parecía reconocer las aguas que ya cubrían la totalidad de las tierras que hacía poco estuvieran emergidas.

De repente, de la cola del aparato empezaron a surgir pequeñas nubes de humo denso, que quedaba detrás de él, formando un dibujo curioso.

¿Curioso?

Jay, con una emoción creciente se percató de que sólo una persona podía tripular aquel aparato.

¡Jack Norris!

Y lo que dejaba atrás no era, ni más ni menos, que un mensaje claro, clarísimo, que iba penetrando en el cerebro de Jay como una tremenda revelación.

Se estremeció, mordiéndose los labios.

La mitad del problema quedaba resuelto con aquel mensaje. Sólo faltaba la otra mitad para terminar con el asunto que había estado a punto de volverlos locos.

Desapareció el aparato, tras las colinas del sur. Y el agente de la SIP, abandonando su escondrijo, se tiró al agua, prefiriendo nadar antes que andar.

Llegó a la parte posterior de la casa del «Visionario», penetrando con facilidad por una de las ventanas de la parte de atrás. El agua no había penetrado mucho en la mansión y sólo las paredes mostraban una mancha de humedad que iba creciendo y extendiéndose peligrosamente.

Moviéndose en silencio, el agente avanzó por el interior de la casa, dirigiéndose hacia la parte anterior. Ya al atravesar un pasillo oyó el ruido que Jones estaba haciendo y poco después, al llegar a una puerta, le vio, de espaldas, recogiendo los libros de una biblioteca que ocupaba casi la totalidad de aquella parte de la pared.

Algo debió prevenir al negro de la presencia de un visitante inesperado porque se volvió, clavando sus profundos ojos en el agente.

—¡Tú! —exclamó, no sin un asomo de asombro en la voz.

—Sí, yo. ¿Te extraña?

—Un poco.

Jay avanzó hacia el «Visionario».

—Ya comprenderás —dijo— que tenía que verte y hablar contigo. Era necesario.

—¿Por qué?

—Porque tú tienes la clave de lo que andamos buscando desde el principio.

Un esbozo de sonrisa apareció en los labios de Jones.

—¿Qué te hace presumir eso?

—No lo sé aún, pero no pienso salir de aquí sin haberlo aclarado.

—Te equivocas.

—Ya veremos.

Siguió avanzando hacia el otro, con los puños cerrados.

Y, de repente, sin darse cuenta, fijóse en los títulos que ofrecían los lomos dorados de algunos libros.

Sonrió.

—¿Conque era eso? —inquirió.

Jones había palidecido y al darse cuenta de la dirección que llevaba la mirada del agente de la SIP, se precipitó, cubriendo los libros con el cuerpo.

—¡Fuera de aquí! —bramó—. ¡Fuera de aquí!

—Ya no hace falta que me digas nada, Jones. Pero ¿por qué no hablaste claramente al principio?

—¡Fuera! ¡Fuera!

—Ya me voy. Pero no creas que no tendrás que explicarte muy pronto...

Y retrocedió, lentamente, hacia la puerta por la que había entrado.

La sonrisa salvaje de Jones le previno, por desgracia demasiado tarde. Y cuando se volvió, ya tenía a los dos jóvenes colonos encima, sujetándole y golpeándole con fuerza.

—¡No lo matéis! No quiero buscarme jaleos con la policía.

—¿Qué hacemos entonces?

Jones reflexionó unos instantes.

—Atadle a esa mesa. Tiene el tablero de mármol y no será de los objetos que floten cuando el agua penetre aquí, Hasta ahora, gracias a que entramos y salimos por las ventanas, no ha entrado hasta

aquí, pero pronto llegará a esa altura y este perro morirá ahogado.

Jay miró fijamente al «Visionario».

—¡Reflexiona un poco, Jones! Esta carta es la fatal para ti. Podría decirse que tienes razón. Pero si me dejas aquí la SIP no te perdonará nunca y conocerás el Servicio Ejecuciones, antes de morir.

—¿Quién va a venir a buscarte aquí, idiota? Pronto tendrás diez metros de agua sobre la cabeza.

—¡Piensalo bien, Jones! Puedes justificarte y salir limpio de todo esto, después de un examen...

—¡Calla, perro!

Y le golpeó, dándole de patadas.

Después, sin hacer más caso del prisionero, hizo que los otros le ayudasen a recoger los libros, que trasladaron necia la ventana, para colocarlos en la barca.

Luego se alejaron, dejando a Jay solo.

Sólo ante la muerte.

\* \* \*

Un escalofrío recorrió la espalda de la muchacha. El miedo se había introducido en ella, como un ladrón; eso, como un ladrón que le hubiera robado la paz del alma.

Al principio había sido el estrépito de las aguas al abrirse paso por las ventanas del primer piso, luego de pasar bajo la puerta, pero mucho más suavemente. Se había producido una especie de rugido salvaje, como si la fuerza del líquido hubiese expresado su gozo al comenzar una conquista definitiva de las cosas que, hasta entonces, habían notado sobre ella, como si desafiase su profundo y frío poder.

Después fue la vista del agua, encaramándose; ya en el primer piso, subiendo por los escalones uno a uno, con parsimonia, como si supiese que nada ni nadie pudiera detenerla.

Sidney seguía en la ventana, impassible, con el rifle en la mano y los ojos entornados, mirando quizá sin ver entre las rejillas de sus pantallas, la inundación progresiva del Valle. La mamá estaba en la cama y no contestó a la insistente llamada de la muchacha, como si nada le importara ya de lo que pudiera ocurrir.

Y Moora se encontró completamente sola: sola con su miedo que le corría por las venas como un frío que se anticipase a la caricia de las aguas y a la de la muerte.

Durante aquella jornada interminable, la joven creyó que iba a volverse loca. De nada habían servido sus gritos, sus avisos, sus ruegos, cuando el agua empezó a alcanzar un peligroso nivel en la segunda planta.

Medio muerta, de terror, Moora terminó por encaramarse a la azotea minúscula, que formaba como un rectángulo de inmaculada blancura en la roja pizarra del tejado.

Un poco más tarde, recordando de nuevo, en medio de su pavor, que sus padres estaban abajo, mudos a todo, intentó bajar, encontrándose con el agua que ya ascendía por la estrecha escalera que conducía a la terraza.

Un alarido de dolor escapó de su garganta.

Luego, sin saber cómo, encontróse en el tejado y allí mismo se desmayó, incapaz de hacer frente a la tragedia homérica que la rodeaba por todas partes, prefiriendo hundirse en la inconsciencia antes de que el agua llegase allá arriba.

\* \* \*

Jack estaba dispuesto a jugar su última carta. Por desdicha, debía guardar el secreto de todo lo que sabía y moverse con cuidado, ya que las reacciones que se hubieran producido habrían agravado, definitivamente, el asunto.

Por eso, seguro de que con astucia lograría más que por la fuerza, se dirigió, en cuanto descendió del helicóptero, después de enviar el mensaje a su compañero, al despacho de Anderson.

David estaba con el director de la Compañía.

Algo debieron ver los dos hombres en la expresión del agente, porque Anderson, mirándole fijamente, inquirió:

—¿Ocurre algo, señor Norris?

—Acabo de volver de sobrevolar el Valle. ¡Esa gente no tiene tiempo de evacuar!

—¿Y qué podemos hacer por ellos? Ya sabe que no es culpa nuestra...

—Lo sé, pero hay que hacer algo.

—¿El qué? Estamos dispuestos a evitar que haya víctimas... Aunque, francamente, han tenido tiempo de ponerse a salvo, aún a costa de perder algo de sus enseres.

—Eso no importa, George —intervino David—. La Compañía está dispuesta a procurarles nuevo material para el trabajo en las tierras de la nueva región agrícola.

—No se trata de eso —replicó, vivamente Jack—. Los enseres son lo de menos. ¡Lo que hay que hacer es salvar a las personas!

—No tenemos más que un helicóptero.

—Ya sé. ¿No podíamos detener el flujo de agua?

—Imposible. El manantial ha sido completamente abierto por la explosión de las cargas y nadie podría detenerlo ahora.

—¿Y el otro lado?

—¿Qué quiere decir?

—La segunda explosión cerró la salida del Valle, ¿no es cierto?

—Sí.

—Una nueva explosión, quizás un bombardeo podría abrir una grieta por la que el agua pasase, bajando el nivel de la inundación lo suficiente para permitir salvar a todo el mundo, con una relativa tranquilidad.

Anderson frunció el entrecejo.

—No es mala idea, señor Norris. De todas maneras, quiero que comprenda lo que va a significar para nosotros la pérdida de un nivel de agua, sin contar las obras que habrá que hacer para cerrar otra vez el paso sur del Valle.

—¡Todo eso importa poco si se trata de salvar vidas humanas!

George sonrió.

—Desde luego. Puede contar con nosotros.

—¡Gracias! Voy a sobrevolar, con el helicóptero cargado de cartuchos, aquella zona. Y la bombardearé en su parte más ancha, para lograr que se forme una brecha suficiente...

—¿Necesita alguno de nuestros hombres?

—No, muchas gracias. Pero, de todos modos, me alegraría que comunicasen con la ciudad pidiendo ayuda, ya que si fallo, las consecuencias podrían ser trágicas para todos.

—Así lo haremos.

Jack corrió hacia los almacenes, ordenando a Walter y los otros para que le ayudasen a cargar los explosivos, con detonadores de

percusión, en el helicóptero. Y poco después se elevaba sobre las colinas, poniendo rumbo al Valle, con el ansia de hacer algo por aquellas pobres gentes que debían estar sufriendo lo indecible para escapar del mortal abrazo de las aguas.

Apenas se veían ya los tejados de las casas y las copas de los árboles.

Pero cuando Jack llegó al otro lado del Valle, sobrevolando la zona en la que la segunda explosión había cerrado el paso, vio que todo aquello estaba lleno de gente y que unas cuantas barcas seguían llevando a los colonos a aquella zona segura.

Sonrió.

Después de todo, estaba contento de no tener que bombardear aquel paso, prefiriendo que los colonos hubieran logrado salvarse. Por el número que veía sobre la tierra, era fácil deducir que allí estaban todos.

Pero pensando que, al menos podría echar una cuerda a alguno de los rezagados, que los equipos de salvamento no hubieran acertado a encontrar, hizo que el aparato virase, adentrándose de nuevo, al tiempo que perdía altura, en la zona inundada del Valle, que ahora tenía la trágica apariencia de un lago bajo cuyas aguas estaba la tierra querida de aquellos hombres, sus casas, sus máquinas...

\* \* \*

Al quedarse solo, Jay se dijo que no se hallaba, ni muchísimo menos, en buena posición, ya que en cuanto las aguas penetrasen en la estancia, su suerte estaría lista.

¡Y justamente ahora, cuando había comprendido todo!

Sonrió, tristemente.

No debía haberse fiado de Jones, ni mucho menos haberse colocado, estúpidamente, de espaldas a la puerta, lejos de la ventana desde donde hubiese visto llegar a los jóvenes colonos que le habían atrapado por la espalda.

Había cometido un grave error que iba a costarle caro.

Durante un buen rato, después de oír alejarse definitivamente la barca que se llevaba a Jones, a sus amigos y a sus famosos libros, el agente de la SIP permaneció allí, meditando la manera de escapar

de aquel cepo mortal que se había cerrado a su alrededor.

Le habían atado sólidamente, de espaldas a la mesa, de forma que no pudiera evadirse de las ligaduras que, por otra parte, habían apretado concienzudamente hasta hundirlas en la parné que ahora le cortaban las cuerdas, al menor movimiento.

Fue un poco más tarde, no tenía conciencia del tiempo que iba transcurriendo, cuando el agua empezó a penetrar por la ventana, primero a chorros, luego en tromba, no tardando en recubrir el suelo, en su totalidad.

Jack sintió un escalofrío que le recorría la espalda.

Como todos los agentes de la SIP, Jay sabía que había de contarse con la muerte, en aquella vida repleta de aventuras constantes; pero, sin pensar en ello, no podía por lo menos en empezar a imaginar la clase de final que iba a caberle en suerte.

Estando arrodillado, junto a la mesa, sujeto por las cuerdas, sintió que el agua empezaba a humedecerle el vientre.

Fue entonces cuando, volviendo la cabeza, merced a un esfuerzo ímprobo, pudo examinar, con cierto detalle, la mesa, con su gruesa capa de mármol que iba a constituir el fatal lastre que le mantendría en el fondo. Por otra parte, la mesa era vieja, de madera agujereada en muchas partes por la carcoma, pero lo suficientemente sólida, no obstante, para resistir a toda tentativa de ser volcada.

Sin embargo.

La idea fue abriéndose paso en su mente, al principio sin entusiasmo; pero luego, a medida que la analizaba, una especie de excitación se iba apoderando de él.

¿Y si pudiera hacerlo?

No era difícil recordar que la mayoría de las mesas con cubierta de mármol no mantenían sujeta su tapa pétrea más que por el peso, excepto en aquéllas en que su inestabilidad obligaba a sujetar el mármol en un aro metálico.

Ésta pertenecía, indudablemente, al primer grupo.

El agua le llegaba al pecho.

Sonriente, no obstante, Jay colocó la cabeza bajo el borde del mármol, empezando a empujar hacia arriba, poniendo a contribución todos los músculos del cuello.

Un sudor helado le cubría la frente.

Con los músculos hinchados bajo su piel negra, el agente de la SIP prosiguió su esfuerzo, sin concederse reposo alguno, haciendo caso omiso al dolor de cabeza que aquél le producía.

Hasta que, de repente, después de un tiempo que le pareció interminable, como si cada segundo hubiera tomado la amplitud de un siglo, sintió que la pesada losa de mármol empezaba a moverse.

¡Un esfuerzo más!

Lentamente, la losa fue corriéndose hacia el otro extremo. Ahora, merced a un esfuerzo formidable, Jay había logrado levantarla en una pendiente lo suficientemente empinada para que se deslizase bruscamente.

Cómo ocurrió.

Pero el peso de la losa rompió el equilibrio de la mesa y el agente se vio lanzado al aire, con una violencia extraordinaria, temiendo por un momento, romperse la cabeza contra el mármol.

Pero la losa no había hecho más que hacer bascular la mesa, colocándola, de golpe, boca arriba, no sin causar a Jay un daño horrible en los brazos, que las cuerdas hicieron retorcerse cruelmente.

¡Pero había conseguido su objetivo!

Ahora, la extremidad de las patas miraba hacia el techo. Y no tuvo más que ir deslizando las ligaduras, poco a poco, completamente empapado por el chapuzón que se había dado... cuando ya el agua, en la posición forzada que ocupaba, le llegaba al cuello.

Una vez separado de la mesa, no le fue muy dificultoso, debido a que las lazadas de las cuerdas le venían ahora anchas, librarse de ellas, frotándose después la magulladas muñecas para llevar a ellas un poco de sangre y de vida.

El agua le llegaba ya casi a la boca y optó salir de la estancia por la escalera que había visto al final del salón. Una vez en el primer piso, siguió, subiendo hasta llegar al tejado, asomándose con precaución a él, después de convencerse que no había nadie a su alrededor.

Sólo agua.

La corriente formaba remolinos caprichosos.

Jay se dijo que no podía permanecer allí todo el tiempo. Oyó, a lo lejos, el motor de un helicóptero y se ilusionó unos instantes,

creyendo que la suerte iba a seguir favoreciéndole. Pero pronto el rumor aéreo se apagó por completo.

## CAPÍTULO X



Con aspecto impaciente descendió a la buhardilla, examinando la colección de objetos heteróclitos que allí había. Finalmente, descubrió un largo trozo de madera, de ésta utilizada por los albañiles para montar sus andamios.

No era muy grande, pero sí lo suficiente para constituir una embarcación de fortuna con la que poder salir de allí. También se apoderó de un palo largo que podía utilizarse, indistintamente, como remo y como pértiga, para evitar los obstáculos.

Poco después, cuando el agua llegaba ya casi al tejado, dejóse deslizar sobre el madero, tomando una dirección que le pareció la más lógica: la que le llevaría a la colina norte.

Su deseo era llegar, fuera como fuese, a la Compañía, estableciendo contacto con Jack, al que tenía que llevar la segunda parte de la solución, con lo que el caso sería definitivamente resuelto.

Luchaba contra la corriente que, en muchos sitios, era recia, como la de un torrente. Así avanzó, lentamente, alejándose de la zona donde Jones había concentrado a los colonos evacuados.

Durante varias horas, sin darse descanso alguno, luchó con la corriente, desesperando a veces de poder vencerla por entero. Pero, aprovechándose de los remansos que formaban las casas, lo poco que de algunas emergía, pudo avanzar, tangencialmente, seguro ya de llegar a las colinas, aunque tardase en hacerlo el resto del día.

Fue entonces cuando reconoció, no lejos, la chimenea de la casa de los Wilson.

Sin poderlo evitar, sus ideas volaron hacia Moora, deseando que, junto a sus padres, estuviera ya a salvo. Pero, en aquel momento, una masa avanzó, flotando pesadamente y pasando muy cerca de él.

¡El cadáver de Sidney Wilson!

Se estremeció, recordando entonces las palabras que el «Visionario» había pronunciado en la puerta de su casa, cuando él esperaba, escondido, la ocasión de verse a solas con Jones Napoleón.

¡Qué estúpido había sido!

Al olvidar aquellas horribles palabras, no había vuelto a pensar en que Jones había abandonado a los Wilson, ya que uno de los jóvenes colonos le había dicho que Sidney lo había recibido con el rifle en la mano...

Entonces... ¿Y Moora?

Experimentó un dolor agudo en el pecho, como si fuera a desfallecer. La sola idea de que algo malo le hubiera ocurrido le dejó sin fuerzas. Y mientras sentía que la angustia se apoderaba de él, se dijo sin remilgos, que estaba profundamente enamorado de aquella muchacha y que su muerte iba a dejar vacía, para siempre, su existencia.

Ansioso, miró alrededor suyo, clavando luego la mirada en lo único que quedaba de la casa de los Wilson, la chimenea.

Y entonces.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al distinguir la débil silueta, todo en negro, que estaba agarrada a la chimenea.

¡Moora!

Remó con más ansia que nunca, temeroso de que la muchacha se dejase ir antes de que pudiera acercarse. Pero luego, cuando se dio

cuenta de que un traidor remolino, seguramente formado por la absorción del agua por las cuevas de la casa, le impedía acercarse a ésta, estuvo a punto de gritar de rabia.

Y lo hizo:

—¡Mooooora! —llamó.

La figura se movió, allá, al otro lado del remolino.

Luego, la voz mil veces maravillosa de la mujer amada llegó hasta él:

—¡Jay! ¡Sálvame, por el amor de Dios!

Hizo un esfuerzo para contener la alegría.

—No puedo acercarme, Moora. ¡Tienes que tirarte y nadar hacia aquí!

Iba a advertirle que debía tener cuidado con el remolino, pero ya la muchacha se había lanzado valientemente al agua.

Stuard se estremeció.

Poco después, cuando la, cabeza de la joven emergió, dióse él cuenta de que había caído demasiado cerca del remolino. No lo pensó sin embargo remando con unas energías que parecían haberse centuplicado de repente.

Moora luchaba desesperadamente por evitar que la corriente la arrastrase hacia la invisible abertura de la casa, situada bajo el nivel del agua y que seguía succionando el líquido Con una fuerza diabólica.

Finalmente, Jay logró estirar la pértiga hasta conseguir que la joven se agarrase a ella. Tirando fuerte, no tardó en tenerla a su lado, fuertemente sujeta en sus brazos, besándola, riendo, mientras la joven dejaba que un llanto nervioso le sacudiese en espasmódicos sollozos.

Vogaron así, dejándose arrastrar ahora por la corriente, durante cerca de media hora. Hasta que, de repente, el rumor del helicóptero volvió a dejar oírse, apareciendo después el aparato.

Jack los descubrió enseguida.

Una escala facilitó el ascenso al aparato. Y cuando la muchacha estuvo tendida sobre los explosivos que Norris no había utilizado y que ocupaban la mayor parte del espacio reducido de la cabina, los dos amigos se abrazaron sin decirse nada.

¿Era necesario, en realidad?

El presidente del Tribunal especial de la ciudad de Washington hizo un gesto que todo el mundo comprendió.

La vista iba a empezar.

Además de los periodistas, las cámaras de televisión y el público que abarrotaba la sala, estaban, sin excepción, todos los colonos, así como los miembros de La Compañía.

Todos.

Excepto tres.

El Fiscal saludó al Tribunal, después, inclinóse también ante el jurado y llamó al primer testigo:

—¡Jack Norris, agente de la SIP!

Y cuando el joven estuvo sentado, le inquirió el Fiscal:

—¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad? —¡juro!

—Bien, Empecemos: ¿Qué tiene que decir de la explosión que, además de la destrucción de una excavadora y de diversas y valiosas herramientas, causó desgracias personales?

—Que fue provocada por tres jóvenes colonos: Tom Wilson, Charles Burke y Frederic Sanderson.

—¿Ha de acusárseles, pues, ya que hubo víctimas de homicidio por imprudencia?

—No, señor. Porque no, hubo víctimas.

—¿No se encontraron restos humanos?

—Sí.

—¿Entonces?

—En efecto, descubrí unos restos humanos, insignificantes, que envié al laboratorio de la SIP junto con mi informe. Los resultados del examen pericial demostraron, sin ninguna duda, que aquellos restos pertenecían a un ser humano... de raza negra.

—¿Puede explicar, entonces, lo que sucedió allí?

—Sí, señor. Los jóvenes citados antes, provocaron la explosión, comprobando que los barracones estaban encadenados por fuera. No causaron, pues, muerte alguna. Poco después, el Consejo de Familias, deseoso de demostrar que repudiaban lo hecho por los jóvenes colonos, obligaron a presentarse a los culpables, pero sólo se presentó Tom Wilson.

—¿Qué se hizo con él?

—Uno de los miembros del Consejo, Jim Crellin, aquí presente, lo entregó al también aquí presente Walter Laing, expresándole su deseo de que el joven fuera entregado a la policía; es decir, a mí, que iba a llegar a las oficinas de la Compañía.

—¿Qué ocurrió luego?

—Torturaron a Tom, extrañados de que sólo uno de los culpables se hubiera presentado. Luego, esos tres hombres lo mataron, haciéndole volar en pedazos con un explosivo: algunos de esos trozos fueron colocados junto a lo destruido por los colonos, al mismo tiempo que se recogían los candados para hacer desaparecer una de las importantes pruebas.

—¿Algo más?

—Nada.

Un rumor corrió por la sala y el Presidente tuvo que reclamar silencio.

Cuando éste se instauró, el Fiscal, prosiguió:

—¡Segundo testigo! ¡Jay Stuard, agente de la SIP!

El joven negro se sentó, jurando como lo había hecho su compañero.

Luego, el ministerio acusador, le inquirió:

—Usted, según sé, fue enviado como colono al Valle para averiguar lo que allí pasaba. ¿Es cierto?

—Sí, señor.

—¿Qué encontró en el Valle?

—Era un sitio maravilloso, en verdad. Los colonos lo amaban y deseaban quedarse en él. Yo comprendía perfectamente aquel cariño por una tierra tan excepcional. Pero lo que no comprendía bien era el papel que un tal «Visionario», llamado Jones Napoleón, jugaba en todo aquello.

—¿Lo sabe ahora?

—Sí, señor.

—Hable, pues.

—Jones llegó, hace mucho tiempo, a Venus. Era un hombre raro, estudioso. Luego hemos sabido que había sido uno de los mejores alumnos de la Universidad de Virginia, destacando en ciencias Físicas.

»Pero el dato más interesante que hemos recogido ha sido el de

que, estando trabajando en una pila atómica, en una organización de Investigaciones Nucleares de Arkansas, Jones asistió a un horrible accidente que costó la vida a todo el equipo —once hombres— que trabajaban allí. Sólo él escapó, siendo desenterrado sesenta horas después, medio muerto, teniendo que ser sometido a un tratamiento especial, del que se dedujo que, por suerte, no había sido afectado por la radiactividad.

—Entendido.

—A partir de aquel momento, Jones no quiso saber nada de experiencias ni laboratorios. Había quedado con los nervios deshechos y un fuerte desequilibrio emocional. Con sus libros, única cosa de la que no quiso separarse, logró embarcarse en una astronave y no contando con fondos suficientes para pagarse el viaje, hubo de enrolarse como cocinero.

»Una vez en Venus y después de correr de un lado para otro, acompañado por dos hombres de su raza, vagabundos tan pobres como él, pero que admiraban a su compatriota sabio, llegó al Valle.

»Debió ser maravillosa la impresión que sufrieron, ya que aquello parecía ser lo que Jones and iba buscando: un lugar paradisiaco, lejos de los laboratorios de la ciencia, puramente natural».

Hizo una pausa.

Luego, en medio de la expectación que había despertado, prosiguió:

—Todo se anunciaba con los mejores colores —prosiguió diciendo—. Jones debía sentirse enormemente feliz aunque temiese, como es natural, que otros viniesen a establecerse allí.

De ahí surgió la idea de recurrir a su antiguo amigo, Lukas Orson, miembro del Consejo Mundial y Presidente de la Emigración Negra. Le escribió, describiéndole el maravilloso Edén que había descubierto, logrando que Orson se ocupase de organizar la emigración de un contingente de hombres Virginia, que ya había, hecho una solicitud colectiva.

«Jones estaba tranquilo.

»Demasiado.

»Porque un día, aterrado, descubrió que algo se ocultaba en aquella tierra, algo a lo que odiaba con toda la fuerza de su corazón:

»¡Uranio!

»Todo el subsuelo del Valle era una extensa veta de pechblenda. Ni un solo momento se le ocurrió pensar en la fabulosa fortuna que significaba su descubrimiento. Para él, el uranio significaba muerte, horror, sufrimiento, peligro de permanecer enterrado horas enteras... Todo el espantoso pasado debió surgir ante él, como una maldición que le persiguiese por todas partes.

»Desdichadamente, Jones había hablado con sus dos compañeros y éstos no eran, indudablemente, de su misma opinión. ¡Pobrecillos! De repente veían la posibilidad de convertirse en hombres infinitamente ricos, ya que el Consejo Mundial entrega, como saben ustedes, el diez por ciento de la explotación a su descubridor en un Planeta del Sistema.

»Lo que debía ocurrir, ocurrió... Jones, temeroso de aquel maldito uranio, no retrocedió ante nada... y mató a sus dos compañeros, mientras éstos dormían, después de haberles prometido que iba a declarar el hallazgo.

—¿Qué hizo después, señor Stuard?

—Esperar la llegada de los colonos. Pero ya no podía vivir tranquilo. Y pensando en cómo podría conseguir que nadie descubriese la verdad, creó el personaje del «Visionario», convirtiéndole en una especie de guía espiritual de los colmos, enseñándoles a amar, por encima de todo, al Valle. Y lo consiguió plenamente.

El Fiscal asintió con la cabeza.

—Puede usted seguir.

—Bien. Todo iba perfectamente con los colonos, ya que la tierra del Valle, quizá por la dosis de radiactividad mitigada del subsuelo, producía unas cosechas maravillosas.

»Entonces apareció la Compañía.

»Jones comprendió enseguida que aquello del pantano no era más que una burda tapadera, tras la cual se ocultaba la horrible verdad:

»¡Habían descubierto el uranio!

»Sólo él lo sospechó, ya que era el único en conocer la existencia del yacimiento de pechblenda. En realidad, como hemos podido saber después, David Brown, el ingeniero de la Compañía, había detectado, desde su helicóptero, con un “Geiger” especial, la

existencia de sustancia radiactiva en cantidad fabulosa.

»La Compañía, hábilmente, hizo que el Congreso Mundial creyese en la realización de un pantano. Para eso, David envió unas muestras de tierra, recogidas en el Valle, ya que las del exterior, como sabían los colonos, no servían para nada.

»De ahí la oposición de Jones para que la Compañía inundase el Valle. Si hubiera sabido que la realidad era ésa, crear un pantano, no se hubiera opuesto. Pero era un técnico y Anderson no podía engañarle.

»Desesperado y arrastrado por los acontecimientos que le iban en contra, no dudó en soliviantar a la juventud, apoderándose de los documentos firmados por los colonos y provocando así la explosión, que fue una venganza de Anderson.

»Una vez inundado el Valle, Jones estaba dispuesto a defenderlo a tiros, luchando como fuese y viendo si era posible denunciar a la Compañía por no haber dado el plazo prometido para la evacuación. Además, jugó con las cartas que los Wilson, trastornados por la desaparición de Tom, les brindaban, esperando que la muerte de la familia hiciera revisar el permiso de la Compañía, volviendo a dejar el Valle a los colonos, una vez se hubieran retirado las aguas.

—¿Algo más?

—Muy poco. Sólo rogar al Tribunal y al Jurado que no olviden que Jones es un enfermo, atormentado por sufrimientos que hizo en aras de la Ciencia. Que recuerden esos hechos y que la clemencia sea para ese hombre, que deberá ser recluido en un Frenocomio. ¡Pero que se muestren inflexibles para aquellos que quisieron enriquecerse, privando a unos hombres de una Tierra de Promisión que se les había dado!

Levantóse, yendo directamente hacia la puerta.

Tres personas le siguieron.

Jack, que iba al lado de Callowan. Y una muchacha, vestida de negro, con un corto velo sobre el rostro.

Moora.

Una vez fuera, Donald estrechó la mano de su agente.

—¡Bravo, muchacho! ¡Has estado estupendo!

—¡Gracias, señor!

La llegada de la joven le hizo separarse un poco, mirándola,

embelesado.

—¡Moora!

Ella se arrojó a sus brazos y juntos se alejaron hacia la salida.

Callowan sonrió.

Después, sacando un habano, lo encendió, mirando a Norris.

—¿Qué te parece? —dijo señalando a los jóvenes.

—Bien. Lástima que no podamos devolver un Valle donde esa pareja sería completamente feliz.

—Te equivocas. El Valle volverá a los colonos.

—¿Eh? ¿Y el uranio?

—Será sacado por una galería cuya salida estará al otro lado de las colinas. Las aguas han descendido ya y esos hombres y mujeres que están ahí dentro, volverán.

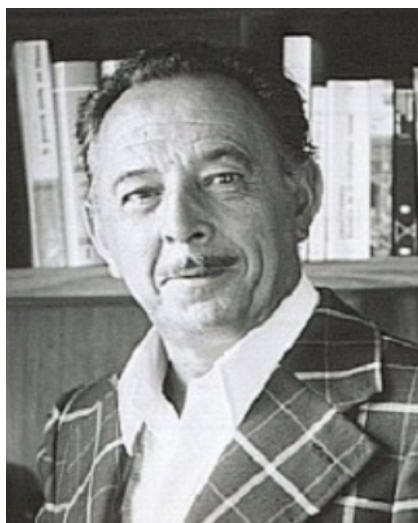
—Menos Jones... a Venus para reorganizarlo todo.

—Sí. El lamentable lo que la mente de un hombre llega a hacer, empujada por el miedo. No tendremos más remedio que llevarlo a una Clínica. Pero Pat, con el que he hablado, me ha dicho que es muy posible que puedan borrar de la mente de Jones todo lo ocurrido. Como lo que ha hecho durante este período de psicosis no puede considerarse como delito, haremos lo posible porque, una vez curado, regrese a ese paraíso con el que soñó siempre.

—¡Sería magnífico!

—¿No es verdad? Un epílogo que debía ser así. ¡Pobre «Visionario»!





ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones... y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.

S. Thels,

W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons... El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¡Habían logrado engañar a Callowan! Sin embargo, Jean sabía que detrás de todo aquello.... ¡se escondía un secreto fatal!

## CONTRATO FATAL

El "suspense" y la originalidad llevados hasta límites insospechados por el genial autor ALAN COMET.

**S.I.P.**

SPACIAL  
INTERNATIONAL  
POLICE

**6 PTAS**

EDICIONES  
TORAY, S.A.

En Argentina: 9 pesos